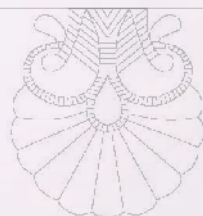


ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES
ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE
MANUEL CASADO ARIZA
EDUARDO PRADOS PÉREZ
(coordinadores)

LA
NECRÓPOLIS
DE ÉPOCA TARTÉSICA
DE LA
ANGORRILLA

ALCALÁ DEL RÍO, SEVILLA



UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Secretariado de Publicaciones

LA
NECRÓPOLIS
DE ÉPOCA TARTÉSICA
DE LA
ANGORRILLA

ALCALÁ DEL RÍO, SEVILLA

ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES
ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE
MANUEL CASADO ARIZA
EDUARDO PRADOS PÉREZ
(COORDINADORES)

LA
NECRÓPOLIS
DE ÉPOCA TARTÉSICA
DE LA
ANGORRILLA

ALCALÁ DEL RÍO, SEVILLA



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2014

Serie: Historia y Geografía
Núm.: 271

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla

Este libro se integra en los objetivos y la difusión del Proyecto de Excelencia de la Junta de Andalucía “La construcción y evolución de las entidades étnicas en Andalucía antigua (siglos VII a.C.-II d.C.)” (HUM-3482), a cuya edición ha contribuido económicamente. El Grupo de Investigación “De la Turdetania a la Bética” (HUM-152) ha contribuido también a la financiación de esta monografía a través del Proyecto “Sociedad y paisaje: alimentación e identidades culturales en Turdetania-Bética (siglo VIII a.C.-II d.C.)” (HAR2011-25708). Asimismo la Asociación Cultural *Instituto de Estudios Ilipenses* ha financiado la presente edición.

Motivo de cubierta: Jarro de bronce de la Angorrilla (foto C. López).

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2014
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: secpub4@us.es
Web: <<http://www.publius.us.es>>

© Álvaro Fernández Flores, Araceli Rodríguez Azogue,
Manuel Casado Ariza y Eduardo Prados Pérez (coordinadores) 2014

© Por los textos, los autores 2014

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

ISBN: 978-84-472-1557-7
Depósito Legal: SE 1359-2014

Diseño de cubierta: Santi García <santi@elmaquetador.es>
Maquetación e impresión: Pinelo talleres gráficos, s.l.

Índice

Prólogo

por EDUARDO FERRER ALBELDA	11
----------------------------------	----

Parte I

ILIPA DURANTE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

La ciudad y el territorio

ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES, ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE y EDUARDO PRADOS PÉREZ	17
---	----

La Angorrilla en el contexto del bajo Guadalquivir. Estudio geoarqueológico

FRANCISCO BORJA BARRERA y MARÍA ÁNGELES BARRAL MUÑOZ	41
--	----

Parte II

LA NECRÓPOLIS DE LA ANGORRILLA

La intervención arqueológica

ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES, EDUARDO PRADOS PÉREZ y ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE	59
---	----

Catálogo de sepulturas

ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES, EDUARDO PRADOS PÉREZ y ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE	85
---	----

El cementerio de época tartésica. Aspectos rituales

ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES, EDUARDO PRADOS PÉREZ y ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE	251
---	-----

Orientación de las tumbas y astronomía en la necrópolis de la Angorrilla

CÉSAR ESTEBAN LÓPEZ.....	321
--------------------------	-----

Parte III

EL REGISTRO FUNERARIO. LOS AJUARES

La cerámica

MANUEL PELLICER CATALÁN	331
-------------------------------	-----

El armamento

FERNANDO QUESADA SANZ, MANUEL CASADO ARIZA y EDUARDO FERRER ALBELDA	351
--	-----

Los cuchillos de hoja curva de hierro

EDUARDO FERRER ALBELDA y MANUEL CASADO ARIZA	379
--	-----

Las fíbulas

EDUARDO FERRER ALBELDA y MARÍA LUISA DE LA BANDERA ROMERO	393
---	-----

Los broches de cinturón

EDUARDO FERRER ALBELDA y MARÍA LUISA DE LA BANDERA ROMERO	403
---	-----

Las joyas y adornos personales

MARÍA LUISA DE LA BANDERA ROMERO y EDUARDO FERRER ALBELDA	429
---	-----

Las pinzas

EDUARDO FERRER ALBELDA y MARÍA LUISA DE LA BANDERA ROMERO	477
---	-----

Los objetos de hueso y marfil

MANUEL CASADO ARIZA.....	481
--------------------------	-----

Los bronce rituales de la tumba 30

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA.....	509
---------------------------	-----

Las ofrendas de animales

ANA PAJUELO PANDO y PEDRO MANUEL LÓPEZ ALDANA.....	535
--	-----

Parte IV
EL REGISTRO FUNERARIO. INDIVIDUOS

Estudio antropológico de la necrópolis de la Angorrilla	
INMACULADA LÓPEZ FLORES.....	557
 Aproximación a la dieta de la población de la Angorrilla. Resultados preliminares de análisis de isótopos estables del carbono y del nitrógeno sobre restos óseos	
DOMINGO CARLOS SALAZAR-GARCÍA	605
 Estudio del ADN mitocondrial de los restos humanos hallados en la Angorrilla	
SARA PALOMO DíEZ, EVA FERNÁNDEZ DOMÍNGUEZ, CRISTINA GAMBA y EDUARDO ARROYO PARDO	617

Parte V
EL REGISTRO FUNERARIO. *VARIA*

Análisis de fitolitos de restos sedimentarios del jarro de la tumba 30	
MARTA PORTILLO RAMÍREZ y ROSA MARIA ALBERT CRISTÓBAL	635
 Estudio de los restos textiles de la Angorrilla	
CARMEN ALFARO GINER	639
 Análisis antracológico de las sepulturas de cremación	
M ^a OLIVA RODRÍGUEZ-ARIZA.....	645

El armamento

*Fernando Quesada Sanz**

*Manuel Casado Ariza***

*Eduardo Ferrer Albelda****

MOHARRAS DE LANZA Y REGATONES DE HIERRO

Descripción del contexto

Procedencia: tumba 36, individuo 1230, ajuar 3036.

Inhumación en fosa, decúbito supino.

Adulto joven (18-40) masculino.

Ajuar: dos puntas de lanza y dos regatones de hierro, cuchillo afalcado de hierro, fíbula anular de parrilla y concha marina.

Descripción de las piezas (tabla 1)

Lanza (ROD 03/25; tumba 36, individuo 1230, ajuar 3036, nº inventario 1)

Moharra de lanza pesada en hierro forjado. Completa. Longitud máxima, 54,5 cm (posiblemente hasta medio cm mayor en origen). Hoja larga y estrecha de filos de tendencia paralela. La anchura máxima de la hoja se encuentra justo en la base de la misma, junto al arranque del cubo, al que se aproxima en ángulo casi recto (esto es, corresponde a la variante IA de Quesada 1997, fig. 209). Presenta un grueso nervio de sección semicircular a todo lo largo de la longitud de la hoja y una sutura longitudinal de plegado en forja a lo largo del cubo. No se aprecia orificio para pasador ni restos de cobre al interior del cubo.

Tipo 1, Variante IA-1 de Quesada (1997: Figs. 207, 208, 209 y 244, 245, 246).

Regatón (ROD 03/25; tumba 36, individuo 1230, ajuar 3036, nº inventario 2)

Regatón largo y pesado de hierro forjado. Completo. Longitud máxima: 55,4 cm.

Lanza (ROD 03/25; tumba 36, individuo 1230, ajuar 3036, nº inventario 3)

Moharra de lanza pesada en hierro forjado. Completa. Longitud máxima, 53,7 cm. Hoja larga y estrecha de filos levemente curvados. La anchura máxima de la hoja se encuentra casi junto a su arranque, pero no tanto como en la variante Quesada IA. El nervio es grueso y de sección semicircular a todo lo largo de la longitud de la hoja. Se observa también una sutura longitudinal de

* Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Autonomía de Madrid.

** Miembro del grupo de Investigación HUM-3482: La construcción y evolución de las entidades étnicas en Andalucía en la Antigüedad (siglos VII a.C.-II d.C.)

*** Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Sevilla.

plegado en forja a lo largo del cubo. No se aprecia orificio para pasador ni restos de cobre al interior del cubo. Tipo 1, Variante IIA-1 de Quesada (1997: figs. 207, 208, 209 y 244, 245, 246).

Regatón (ROD 03/25; tumba 36, individuo 1230, ajuar 3036, nº inventario 4)

Regatón largo y pesado de hierro forjado. Completo. Longitud máxima: 42,3 cm.

Análisis y comentario

La lanza nº 1 (fig. 1), de la variante IA-1 de Quesada (1997), es muy característica porque la anchura máxima de la hoja se da –salvando la corrosión e hinchazón características en este tipo de armas– justo en su arranque, por lo que la forma general de la moharra es de filos casi paralelos en buena parte de su desarrollo. La lanza nº 2 (fig. 2) tiene un perfil de hoja, sección y dimensiones casi idénticos, con la salvedad de que la anchura máxima de la hoja se alcanza algo más arriba, en el primer 10% de su desarrollo; por ello ha de clasificarse en la variante IIA-1. Ambas presentan una sección idéntica, con nervio grueso de sección semicircular.

Sin embargo, debe recordarse que la clasificación en variantes atiende a detalles formales a veces muy precisos, y que es una etapa preliminar de la clasificación que no siempre tiene significado histórico-cultural. Lo verdaderamente significativo es que ambas variantes de moharra corresponden al mismo tipo, el tipo 1 en la clasificación de F. Quesada (1997: figs. 244 y 245), que sí tiene significado cultural y cronológico coherente. De hecho, la misma aparición de las moharras que estudiamos en una misma sepultura demuestra que el rasgo que las separa (el punto exacto en que la hoja alcanza su

mayor anchura, junto a la base o en el 10% siguiente) no es un criterio decisivo.

Este tipo de punta de lanza (a veces impropriamente clasificado como ‘Alcácer do Sal’, yacimiento que incluye otras lanzas de apariencia general similar pero datadas básicamente en los siglos V y todo el IV a.C.) es sin duda alguna el modelo de lanza en hierro más antiguo de la cultura ibérica, abarcando desde el primer cuarto del siglo VI a.C. en yacimientos peninsulares y del sur de Francia y hasta aproximadamente el primer cuarto del siglo IV a.C. Sin embargo, y como veremos enseguida, sus prototipos en el Hierro I y orientalizante se remontan al siglo VII a.C. y más allá, antes de la configuración de la cultura ibérica propiamente dicha. La asociación de este tipo de moharra con largos regatones de 30 cm y más es también muy característica de los periodos orientalizante e Ibérico Antiguo.

En conjunto, las dos lanzas y sus correspondientes regatones corresponden a armas de gran longitud y peso (moharras por encima de los 50 cm de longitud máxima, regatones por encima de 40 cm). Se trata pues de armas empuñadas, no arrojadizas, aptas para un combate individual cuerpo a cuerpo o en formación cerrada. Probablemente, y unidas a un astil de madera de un diámetro en torno a los 2 cm y unos dos metros de largo, su longitud total alcanzara los tres metros (Quesada, 1997: 346-347).

Los paralelos para estas moharras y regatones se encuentran en contextos del Orientalizante-Hierro Antiguo tanto en el suroeste peninsular (Alcácer do Sal, Mealha Nova, Pego) y Andalucía (El Palmarrón, Estacar de Robarinas, Illora) como en el sureste (El Molar, Los Nietos, Cabezo Lucero), Levante septentrional (La Solivella, Puig de Benicarlo, Mianes, Bovalar) y Meseta oriental (Prados Redondos, Almaluez, Carratiermes). Aunque hay moharras de

Tabla 1. Resumen de dimensiones de las moharras y conteras de la Angorrilla

Sep.	Num. Inv.	LgMx	LgHj	LgCb	AnMxHj	Diam Cb.	LgInCb	Ind.1	Ind.2	Secc	Nervio	Variante	Tipo	Consv.
36	1 (lanza)	54,5	36,5	18,0	3,4	2,2	13,7	10,7	2,02	1	1	IA-1	1	E
36	2 (regatón)	55,4				2,3	9,3							E
36	3 (lanza)	53,7	36,5	17,2	3,5	2,0	14,1	10,4				IIA-1		E
36	4 (regatón)	42,3				1,5	12,1							E

Criterios de Dimensiones y tipos según F. Quesada (1997). Dimensiones en centímetros. LgMx: longitud máxima; LgHj: longitud de la hoja; LgCb: longitud del cubo; AnMxHj: anchura máxima de la hoja; DiamCb: diámetro exterior del cubo en la base; LgInCb: longitud interior del cubo. Ind.1: Índice 1, longitud máxima hoja/anchura máxima de la hoja; Ind.2: Índice 2, longitud máxima hoja/longitud del cubo. Secc: sección de la hoja. Nervio: tipo de nervio de la hoja. Variante y Tipo: según F. Quesada (1997: 356 ss.) Conservación: E. Indica que la pieza está completa en tanto que todas las dimensiones relevantes de la pieza se han podido tomar con precisión.

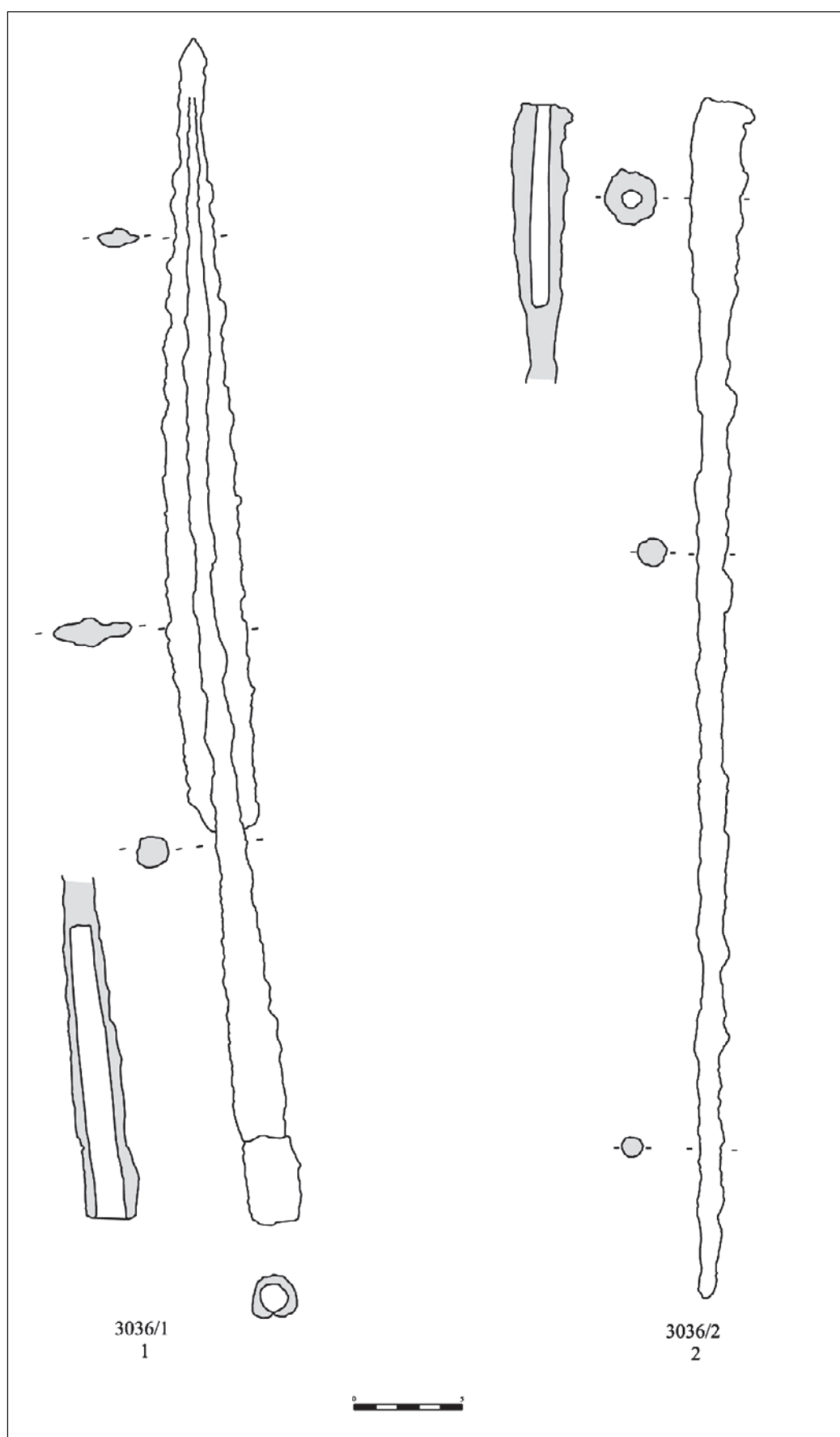


Figura 1. Moharra y regatón recuperados en la tumba 36 (3036/1 y 2).

este tipo extremadamente largas (la de Illora, Quesada n.cat. 1571 alcanza los 73 cm), su longitud media es de 46,7 cm con una anchura de hoja media de 3,2 cm (variante IA) y de 43,9 y 3 cm (variante IB) (Quesada, 1997: 360-361). Dados estos valores, las moharras de la Angorrilla están dentro el rango de las piezas de mayor tamaño.

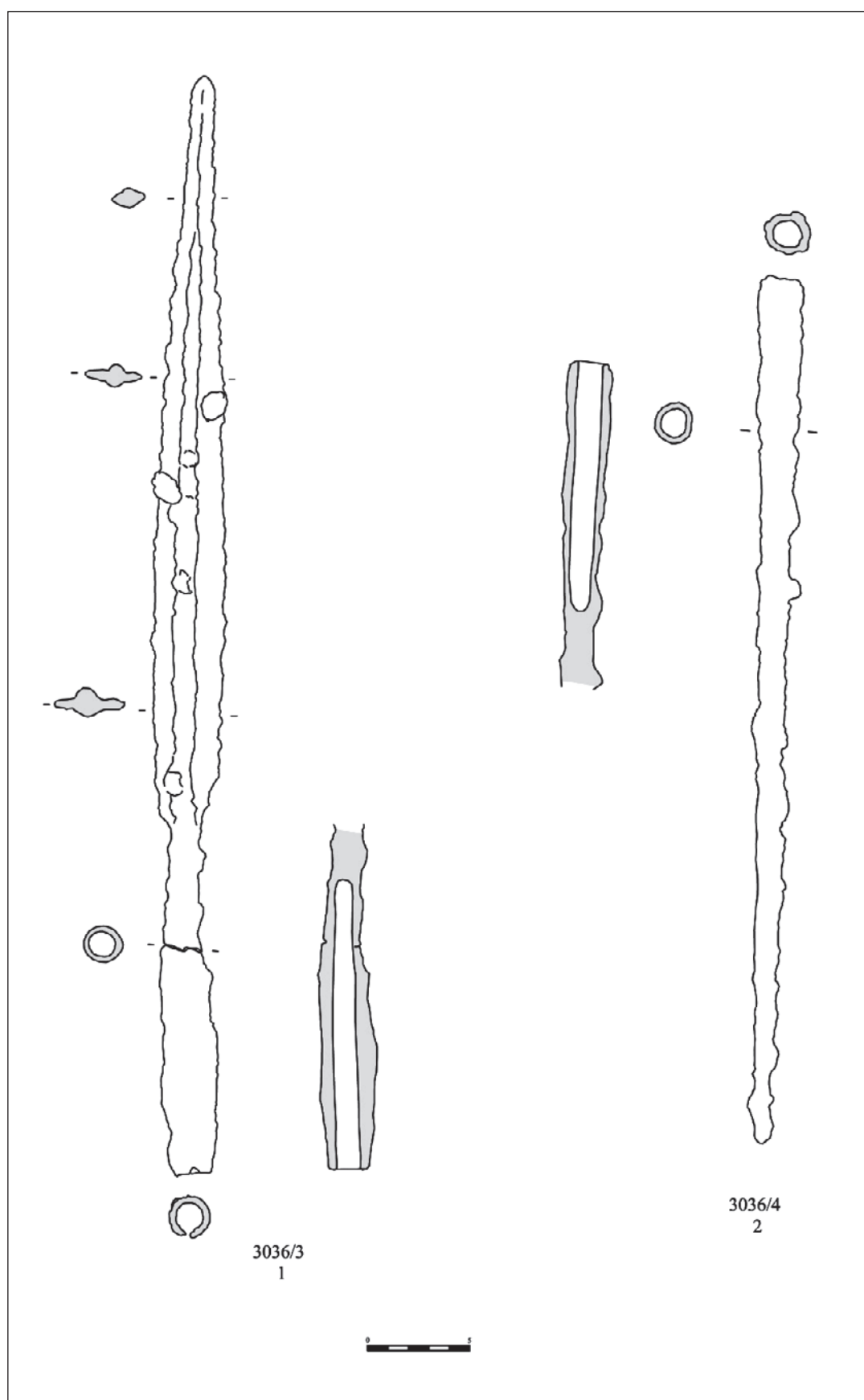
A todos estos ejemplares (convenientemente reunidos en Quesada, 1997: 868 ss.), cabe añadir otros publicados con posterioridad o conocidos en mayor detalle como la gran lanza (Quesada, n.cat. 6211) de tipo 1 (Var. IIA-1) (Lg. Max. 55 cm) con regatón corto (Lg.Mx 12,6 cm) del conjunto 85A/2 de la necrópolis de Medellín (Badajoz), asociada a un broche de cinturón de un garfio. La tumba, de cremación, se fecha entre 575-550 a.C. (Almagro, 2006: 138-139). El conjunto de una o varias tumbas de cremación orientalistas hallado en el embalse de Valdecañas en Talavera la Vieja (Cáceres), muy dañado por las aguas, muestra también la presencia de al menos una moharra de lanza de nervio grueso y dos regatones de hierro, además de una punta de jabalina corta de bronce (*vid. infra*). Aunque el marco cronológico del conjunto se ha fechado entre los siglos VII y VI a.C., se propone que las armas de hierro pertenezcan a la fase más avanzada de esta horquilla cronológica (Celestino y Jiménez, 2004: 207).

Más próximas en el tiempo, tipológicamente muy cercanas y comparables también por la asociación de dos moharras en el mismo ajuar, se encuentran las siete puntas y dos regatones halladas en un total de cinco tumbas de la necrópolis de Les Cases, en Villajoyosa (Alicante) (García, 2002: 40-41). En la Sep. 6 apareció una moharra de tipo Quesada 1 (Var. IA-1). En la Sep. 10 se hallaron dos ejemplares, con secciones de tipo 1 y 2 (respectivamente, con nervio semicircular y cuadrangular alto), ambas de tipo 1 (vars. IB-1 y IB-2). La Sep. 20 (García, 2002) o 18 (García, 2005: 348) aparecieron dos puntas de las variantes Quesada IA.2 y IIC.6 (por tanto, tipos 1 y, asociado, uno de los más antiguos ejemplares conocidos de tipo 4, junto con otro dudoso de Can Canyis); ambas con sus correspondientes regatones. La Sep. 22 (García, 2002) o 20 (García, 2005), junto con un *soliferreum* antiguo y un *pilum*, ha proporcionado una lanza de tipo 1 de 66,2 cm de longitud y un Ind. 1 (relación aritmética entre la longitud de la hoja y su anchura máxima) de nada menos que 15.6. Finalmente, la Sep. 24 ha proporcionado otra moharra de tipo 1 (Var. IB-2) y un *pilum*. Ambos casos documentan la probable asociación de arma empuñada y arrojada, salvo que los objetos identificados como *pila* sean en realidad regatones muy largos.

El conjunto de la necrópolis puede fecharse desde finales del siglo VII a mediados del VI a.C. (García, 2002; 2005: 354).

En la inmensa mayoría de los casos, estas puntas de lanza aparecen en sepulturas de cremación. Por ello resulta notable su asociación en la Angorrilla a una sepultura de inhumación, presumiblemente de un horizonte cronológico ligeramente anterior al de los más antiguos casos citados. Recientemente se ha publicado (Cardoso y Gradim, 2005) un conjunto de tumbas de la I Edad del Hierro en Cabeço da Vaca (Alcoutim, cerca del Guadiana, en el sur de Portugal) formado por cistas que contuvieron inhumaciones todas ellas expoliadas. Entre los restos, se documentan en la Sep. 6 dos grandes regatones de hierro (mejor quizá que moharras de lanza) o quizá una moharra muy dañada y un regatón, de 52 y 49,5 cm de longitud, colocadas originalmente junto a la pierna derecha del inhumado (Cardoso y Gradim, 2005: 216 y 220, fig. 18). Aparte de las lanzas bien conocidas de Alcácer do Sal, las más antiguas de las cuales pueden remontarse al siglo VI a.C. (Quesada, 1997: fig. 211; Paixao, 1983), se conocen otras moharras largas halladas en cistas del Hierro I del sur de Portugal, como en Gregórios (Silves) (Barros *et al.*, 2005), donde una inhumación femenina parece contener una lanza (comentario en Cardoso y Gradim, 2005: 219). J.L. Cardoso ha reunido (2005: 217 ss.; ver también, aunque en cierto desorden, Beirao, 1986: *passim*) un elenco de lanzas de hierro halladas en contextos similares del sur de Portugal asociados a inhumaciones en varios casos, que revela una abundancia mayor que la que encontramos en fechas similares al este del Guadiana. Así, cita dos lanzas y dos regatones en la Sep. 6 de Pardieiro, otro regatón en la Sep. 3, tres puntas y dos conteras en la Sep. 10. En la necrópolis de Chada (Ourique) aparecen fragmentos de lanzas y regatones largos en mal estado (Beirao, 1986: figs. 23-28); lo mismo que en Fonte Santa (Ourique), Outeiro (Aljustrell), Herdade do Pego (Ourique), Mealha Nova (Ourique), Bensafrim (Lagos), Corte Margarida (Aljustrell). El conjunto de estas necrópolis parece que puede datarse entre los siglos VI y principios del V a.C. (Cardoso y Gradim, 2005: 222-225), aunque fechas unas décadas anteriores para la parte antigua de la horquilla no son descartables, como tampoco en Alcácer do Sal (Paixao, 2001: 165).

Es posible que la lanza de la Sep. 16 de la Joya (Quesada, 1997: n. cat. 6188 y lám. VE; Garrido y Orta, 1978: 52 y fig. 27.3) pertenezca a este tipo, pero para algunos se trata de una cremación fechada ya



en el siglo VI a.C. [Tartésico Final II de Fernández Jurado (1988-89: 237 ss.)], aunque también se defiende recientemente una datación en el siglo VII a.C. para algún elemento de la tumba como la bandeja de bronce del ajuar (Jiménez, 2002: 139-140 frente al s. VI que asigna para la espada de la misma sepultura en p. 241), e incluso en la primera mitad del siglo VII a.C. (platos, Torres, 1999: 63; ver comentarios en C. Farnié y F. Quesada, 2005: 53). En todo caso, la presencia de inhumaciones en algunos enterramientos de La Joya sigue siendo polémica (p.e. Torres, 1999: 60).

Las grandes lanzas de tipo 1 (variante IIA) del Palmarón en Huelva, que se pueden fechar entre la segunda mitad del siglo VII a.C. y la primera mitad del VI a.C. (Quesada, 1997: nos. cat. 6204, 6205; Apéndice IV: 881; refs. bibliográficas en Apéndice I: 765) corresponden al mismo tipo, tamaño y concepto que las lanzas que nos ocupan. La sepultura es conocida de antiguo, antes de 1934 en todo caso, y no sabemos el ritual que se empleó, aunque hay indicios de que se trató de una cremación (Belén, 1995; síntesis en Torres, 1999: 65).

Mientras que en Les Casetes, Sep. 18 o 20 (*supra*) se documenta asociada una moharra larga y otra corta y más ligera, y en Les Casetes 24 y 22 (o 20) se asocian moharras largas con soliferrea y pila (armas de astil arrojadizas), en Les Casetes 10, en el Palmarón y en la Angorrilla se documentan pares de lanzas de tipo 1, largas y pesadas, difícilmente concebibles como una panoplia funcional.

Como uno de nosotros ha analizado ya en detalle (Quesada, 1997: 433-434), la combinación de dos lanzas en una misma tumba no es extraña ni en la iconografía –como en los exvotos– ni en el registro arqueológico de la cultura ibérica y de otras culturas contemporáneas como la griega, la gala o la romana. Se han propuesto básicamente dos interpretaciones que podrían justificar este fenómeno: la planteada por autores como H. Sandars y o A. Schulten (con paralelos en el mundo griego como para A. Snodgrass), para quienes una de las dos lanzas se utilizaría como arma arrojadiza y la otra para un ulterior combate cuerpo a cuerpo; y la argumentada por Aguilera y Gamboa a partir del texto de Estrabón (3, 3, 6 y 3, 4, 18), para quien en el binomio jinete-infante la lanza mayor sería para el caballero, aunque resulta difícil explicar su asociación en ajuares funerarios individuales. La explicación es compleja si tenemos en cuenta que esta combinación es a veces de jabalina y lanza, de dos lanzas del mismo tamaño, como ocurre en la mayoría de los casos hispanos orientalizantes (la Angorrilla, Les Casetes,

El Palmarón)¹, o incluso de varias jabalinas, fenómeno que se podría justificar como la expresión de riqueza del difunto por acumulación de objetos. Una tercera opción, la idea de que la deposición en ajuares de lanzas pareadas se deba a actos aleatorios o a demostraciones de riquezas, y no a factores prácticos y tácticos, es cuestionable (ver al respecto Quesada, 1997: 434), dada la bien conocida existencia en el mundo griego arcaico de un sistema mixto de jabalina y lanza empuñada empleado por los hoplitas hasta el siglo V a.C.; y también el sistema utilizado por el ejército romano en la conquista de Iberia, en el que los legionarios llevaban dos *pila*, uno ligero y otro pesado para arrojarlo inmediatamente antes del choque cuerpo a cuerpo, tal y como nos cuenta Polibio (6, 23, 9-11).

Otro aspecto que merece un comentario más detenido es la disposición de las lanzas en la tumba (lám. 3). En la Angorrilla, ambas lanzas se depositaron juntas, pero desmontadas, no en la posición en la que se situarían si hubieran conservado el astil. Las dos moharras aparecen juntas, en la misma posición y orientación, más o menos paralelas al tronco a la altura de las caderas, con la punta hacia la cabeza del difunto. Los dos regatones, también juntos y orientados de la misma manera, aparecen debajo, separados unos 15 cm del cubo de las moharras, con la punta tocando el extremo de la fosa, a la altura de los talones del difunto. Por la posición, no parece probable que los astiles de madera, partidos, hubieran formado parte del ajuar, ya que en ese caso la parte de madera enastada en los regatones hubiera chocado con el torso del difunto inhumado. En todo caso, suponiendo –e insistimos en que es improbable– que la lanzas se hubieran quebrado para introducirlas en la fosa, y prolongando el eje del cubo de las moharras hasta los pies de la fosa, y el de los regatones hasta la cabecera, pasando por encima del difunto, el astil de las lanzas habría podido medir como máximo unos 230 cm, que, unidos a los 90 cm sumados de punta y regatón habrían supuesto una lanza de hasta unos 380 cm de longitud, muy por encima de lo normal para lanzas empuñadas, que suelen oscilar en torno a los 240-300 cm (Quesada, 1997: 346 ss.). Si por el contrario, se hubiera partido el astil y colocado las armas de forma que no se montasen sobre el cuerpo, lo que es factible, cada lanza habría podido medir un máximo de unos dos metros, lo que parece corto para las dimensiones de moharra y

1. En la tumba de Estacar de Robarinas (Cástulo, Jaén) son tres las lanzas y regatones (Blanco Freijeiro 1965; Bandera y Ferrer 1995; Quesada 1997: 780).



Figura 3. Posición de las moharras y regatones en la tumba 36

regatón; por tanto, de nuevo cabe pensar que las dos lanzas se depositaron sin su astil completo.

En el caso de las cremaciones, el reducido espacio destinado normalmente a la deposición, ya sea un *bustum* ya una cremación secundaria en urna, hace creíble que se quebrara el astil de las lanzas o que fueran desmontadas por razones prácticas, de limitación de espacio, para ser introducidas en la sepultura; en muchos casos es además posible probar que se quemaban en la pira, con lo que la madera desaparecía (Quesada, 1997: 641 ss.). Sin embargo, en el caso de las inhumaciones, como la de la Angorrilla, se produce el mismo fenómeno. Las posibles explicaciones de este hábito han sido reunidas y expuestas por F. Quesada (1989: 227 ss.; 1997: 641 ss.) y L. Napoli (2007) en el contexto de las costumbres funerarias ibéricas y fenicias de Cerdeña respectivamente: la rotura o despiece de las armas podía tener como fin evitar el saqueo de las tumbas y la reutilización de las armas, o bien una intención simbólica, impedir que el difunto pudiera amenazar de alguna manera a los vivos; o incluso reafirmar la unión del guerrero con su panoplia, de manera que las armas que lo habrían representado en vida debían morir con él. L. Napoli (2007) expone también la posibilidad de que la costumbre de deponer armas despiezadas estuviese relacionada con un ritual funerario o mágico cuyo significado desconocemos, aunque no debía ser ajeno a las costumbres funerarias fenicias si tenemos en cuenta la repetición de este fenómeno en las tumbas de Cerdeña con armas en sus ajuares,

como en Bitia y Othoca, en incluso –cabe añadir– en las propias metrópolis (Warmenbol, 1983). Concluye L. Napoli que la hipótesis más convincente aplicada al caso sardo es la preocupación siempre presente en el mundo fenicio de que la tumba pudiese ser saqueada por profanadores; en el caso ibérico, hay argumentos sobrados para sostener, como hemos hecho, la causa ritual de la inutilización de las armas. En el caso de las lanzas de la Angorrilla, en todo caso, simplemente no depositar el astil no inutilizó las armas, que podrían haber sido robadas y muy fácilmente enastadas de nuevo; solo la rotura, doblado o embotamiento de la moharra y los regatones podría ser una medida convincente para disuadir del saqueo.

Por último, y en el análisis de los paralelos peninsulares, conviene recordar que en estas tumbas la aparición de moharras de bronce es inusitada, aunque se conocen algunos –raros– ejemplares más tardíos, en época ibérica, en yacimientos como Cancho Roano, Puntal dels Llops, Moleta del Remei, Lara de los Infantes, Cañizares o Alcácer do Sal (esta última dudosa) (Quesada, 1997: 343 y fig. 195), todas ellas cortas y ligeras. A estas piezas cabe añadir la recientemente publicada de Talavera la Vieja, una corta moharra de bronce de 10,5 cm de longitud, en todo comparable a las citadas, y cuyo contexto cabe datarse en torno a los siglos VII-VI a.C. (Celestino y Jiménez, 2004: 207).

Asimismo no debemos olvidar que, aunque las largas lanzas de 50 cm o más de punta son las más

características del periodo orientalizante, no faltan los tipos cortos, como el citado ejemplar de Les Casetes, o, por citar algún otro ejemplo no recogido en F. Quesada (1997), la punta y regatón de Milmanda de Vimbodí en Cataluña (Ramón, 1995: 115), fechada entre fines del siglo VII y mediados del VI a.C. En Andalucía, la tumba de Cañada de Ruiz Sánchez (en último lugar J. Maier, 2007: fig. 10 con referencias anteriores), presenta también en el dibujo (¿de G. Bonsor?) moharras de hierro cortas e incluso –sospechosamente– lo que parecen casi con seguridad dardos de época romana que podrían indicar una mezcla de materiales. El repertorio recogido por M. Sánchez no aporta ilustración alguna de las lanzas de hierro que según J. Bonsor se habrían hallado en el túmulo, más aún, especifica que J. Bonsor solo constató su presencia, sin describirlas (Sánchez, 1994: 227).

Por su propia naturaleza, las puntas de lanza tienen un rango limitado de formas básicas posibles, aunque la variación individual de punta a punta de estas armas forjadas artesanalmente es casi infinita, lo que ha convertido tradicionalmente en tarea casi imposible realizar una clasificación realmente útil de este elemento arqueológico. Por la misma razón, es una tarea arriesgada tratar de determinar el origen de cada tipo de moharra. Sin embargo, en el caso del tipo que nos ocupa, con unas características formales y de dimensiones bien definidas, no es descabellado apuntar hacia un tiempo y un espacio concretos: el Mediterráneo oriental hacia finales del siglo VIII y durante el VII a.C., en la zona de Chipre. Ya hace muchos años A. Snodgrass (1964:131) llamó la atención sobre la similitud de este tipo de lanzas [ya conocido por H. Sandars (1913: fig. 42, 5-7) en su obra fundadora de los estudios sobre armamento ibérico], con el tipo de lanzas griegas arcaicas que recibió el código tipo V ('uve') de Snodgrass.

En efecto, este tipo de lanza larga, definido por A.M. Snodgrass como «*A long, fine type with a very narrow blade ad prominent midrib running to the tip. Its origin is apparently in Cyprus, if not further East...*» (Snodgrass, 1964: 131) coincide en todos sus rasgos básicos con los tipos que aparecen en Iberia desde el siglo VII a.C. De hecho, un ejemplar ilustrado por A.M. Snodgrass procedente de la tumba 13 de Amathus (Chipre) y fechado hacia el 700 a.C. (Snodgrass, 1964: fig.8k= *Swedish-Cyprus Expedition*, II, pl. 151, n. 13-10), tiene un perfil y longitud (53,5 cm) idénticos al tipo Quesada 1 y presenta incluso una decoración en el cubo que claramente recuerda la decoración posterior de algunas lanzas ibéricas (cf. Quesada 1997: figs. 253 y 254). Dado que

el ajuar en cuestión ha sido datado en el Geométrico Chipriota III (c. 850-700 a.C.) donde la influencia fenicia es patente, la idea de A.M. Snodgrass de que el prototipo último sea próximo-oriental no es necesariamente desechable. Aunque sepamos tan poco del armamento fenicio, la documentación de este tipo de lanzas en Amathus y otros puntos de Chipre, pero también en Knossos, Fortetsa, Lapithos y otros lugares, permite mantener como hipótesis que hubiera llegado a la península ibérica a través de los fenicios ya en el siglo VII a.C. La presencia de ejemplares en yacimientos costeros antiguos del nordeste peninsular no es obstáculo, dada la temprana presencia fenicia en esa zona (al respecto, y en relación con el hierro y las armas, ver Farnié y Quesada, 2005). Por otro lado, es sabido que el proceso de difusión de los tipos de armas exitosos es extremadamente rápido, y no hay razón para que en una generación o menos los pueblos peninsulares estuvieran desarrollando el modelo original. Su presencia en necrópolis como Les Casetes o la Angorrilla, de fuerte componente oriental, sería en este escenario bastante lógica.

PUNTAS DE FLECHA DE BRONCE Y DE HIERRO

Descripción del contexto

Procedencia: tumba 1, individuo 382, ajuar 3012.

Fosa trapezoidal.

Cremación secundaria en urna tipo Cruz del Negro. Adulto femenino.

Ajuar: alabastrón, anillo de plata, hebilla de bronce, objeto de bronce sin identificar, tensores de marfil y 38 puntas de flecha, 17 de ellas realizadas en bronce y 21 en hierro.

Descripción de las piezas (ver tabla 2 para dimensiones)

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 4)

Punta de bronce con hoja de sección aplanada sin nervio visible. Completa. Longitud máxima 6,0 cm. Pedúnculo largo de sección cuadrado engrosado en el extremo distal,² adoptando pues sección rectangular aplanada. Aletas laterales prolongadas, una de ellas partida. Tipo A (IIIB1 PE, triangular con

2. Esto es, el más alejado del centro del cuerpo del objeto, en este caso la flecha. El extremo de la punta es pues el extremo distal, el del pedúnculo, el proximal.

aletas desarrolladas y pedúnculo engrosado en la clasificación de Kaiser 2003: 82, tabla 3).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 5)

Punta de bronce con hoja de sección aplanada sin nervio. Completa. Longitud máxima 6,7 cm. Larga espiga de sección cuadrada engrosada en el extremo distal. Aletas laterales desarrolladas y completas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003). Aparece soldada por la corrosión a la punta nº 6.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 6)

Punta de bronce con hoja de sección aplanada sin nervio visible. Completa con una aleta fracturada. Longitud máxima 4,2 cm; longitud de la hoja, 2,0 cm. Larga espiga de sección cuadrada engrosada en el extremo distal. Aletas laterales desarrolladas y completas. Tipo A de hoja pequeña, variante menor del resto de puntas con hoja mayor de 3 cm. (IIIB1 PE de Kaiser 2003). Soldada por la corrosión a la punta nº 5.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 7)

Punta de bronce de sección aplanada sin nervio visible. Completa. Longitud máxima 6,3 cm. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales desarrolladas y completas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 8)

Punta de bronce con hoja de sección aplanada. No hay nervio en el sentido estricto de la palabra, como refuerzo de la hoja, pero sí se aprecia el arranque de dos líneas paralelas en el extremo distal de la hoja. Completa. Longitud máxima 8,2 cm -una de las cuatro mayores puntas del conjunto-. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales completas extremadamente desarrolladas y aguzadas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 9)

Punta de bronce con hoja de sección aplanada. Completa. Longitud máxima 7,4 cm. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Prolongando el pedúnculo se aprecian dos acanaladuras a lo largo de la hoja que dan la sensación de un nervio, aunque al no haber engrosamiento central

efectivo no ejercen un efecto real de refuerzo ni aumento del peso de la punta. Aletas laterales desarrolladas y completas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 10)

Punta de bronce de sección plana sin nervio visible. Completa pero con una aleta fracturada y perdida. Longitud máxima 4,3 cm. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal que contrasta con una hoja triangular especialmente corta y pequeña. Aletas laterales desarrolladas. Tipo A -de hoja pequeña- (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 11)

Punta de bronce de sección aplanada sin nervio visible aunque con leve engrosamiento. Completa. Longitud máxima 5,4 cm. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales desarrolladas y completas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 12)

Punta de bronce con hoja de sección aplanada sin nervio visible. Completa. Longitud máxima 8,8 cm (la segunda mayor del conjunto). Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales completas, muy desarrolladas, muy aguzadas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 13):

Punta de bronce de sección aplanada con trazas de un leve engrosamiento en el centro de la hoja. Completa. Longitud máxima 8,3 cm. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales completas, muy desarrolladas y aguzadas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003). Soldada por el óxido a la punta num. 14.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 14):

Punta de bronce de sección aplanada. Fracturada e incompleta. Longitud máxima indeterminable, aunque debió ser de las mayores, por encima de 8 cm. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales incompletas pero muy desarrolladas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003). Soldada por el óxido a la punta num. 13.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 15):

Punta de bronce de sección aplanada. Casi completa, con el extremo de una aleta perdido. Longitud máxima 8,2 cm. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales completas, muy desarrolladas y aguzadas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 16):

Punta de bronce con hoja de sección aplanada. Completa. Longitud máxima 6,7 cm. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales completas, anchas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003). Soldada por el óxido a la punta núm. 17 de hierro.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 17):

Punta de hierro con hoja de sección aplanada. Completa. Longitud máxima 4,9 cm. Hoja triangular con aletas incipientes. Largo pedúnculo de sección aproximadamente circular, sin engrosamiento en el extremo distal. Aletas laterales anchas muy incipientes. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003). Soldada por el óxido a la punta núm. 16 de bronce.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 18):

Punta de bronce con hoja de sección aplanada. Fracturada e incompleta. Longitud máxima 9,4 cm. Hoja triangular estrecha y alargada, prolongada en aletas laterales perdidas, que debieron ser largas y aguzadas. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal, partido en tres trozos. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 19):

Punta de bronce con hoja de sección aplanada. Completa salvo por los extremos de las dos aletas. Longitud máxima 8,4 cm. Hoja triangular con acanaladuras en las mesas, creando mediante el efecto pseudofenestrado un nervio central aplanado. Largo pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Aletas laterales incompletas, anchas. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 20):

Punta de bronce con hoja de sección aplanada. Completa salvo por el extremo de la punta. Longitud

máxima 6,0 cm. Hoja triangular de pequeño tamaño. Alertas laterales cortas y anchas. Pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Tipo A en su variante de hoja pequeña (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 21):

Punta de bronce con hoja de sección aplanada. Completa. Longitud máxima 8,0 cm. Hoja triangular grande con alertas laterales muy desarrolladas y aguzadas. Pedúnculo de sección cuadrada engrosado en el extremo distal. Tipo A (IIIB1 PE de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 22):

Tres fragmentos del pedúnculo casi completo de una punta de flecha de hierro. No es posible determinar la longitud de la punta, pero el pedúnculo mide unos 4 cm. Hoja perdida. Pedúnculo de sección circular sin engrosamiento distal. Tipo B, probablemente equivalente al tipo IIIB2 de Kaiser (2003) por paralelismo con todas las demás puntas completas del lote.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 23):

Fragmentos de punta de flecha de hierro incompleta. Hoja triangular de sección aplanada, y arranque del pedúnculo –fragmentado– de sección triangular sin engrosamiento distal. Longitud conservada total, 5,4 cm.; longitud de la hoja, 4,0 cm. Tipo B con hoja grande (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 24):

Punta de flecha de hierro, completa. Longitud máxima 5,9 cm. Hoja corta triangular ancha, con sección aplanada. Aletas anchas y cortas. Pedúnculo muy largo de sección circular sin engrosamiento distal. Fragmentada en tres trozos. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 25):

Punta de flecha de hierro, incompleta. Longitud máxima indeterminable, pero superior a 5,5 cm. Hoja corta triangular ancha, con sección aplanada. Incompleta. Aletas anchas y cortas. Pedúnculo muy largo de sección circular sin engrosamiento distal, fragmentado. Tipo B (IIIB2 de Kaiser, 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 26):

Punta de flecha de hierro, incompleta. Longitud máxima indeterminable, pero superior a 4,5 cm. Hoja mediana triangular ancha, con sección aplanada. Aletas anchas e incipientes. Pedúnculo largo de sección circular sin engrosamiento distal, partido. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 27):

Punta de flecha de hierro, incompleta. Longitud máxima 5,7 cm. Hoja triangular ancha, con sección aplanada. Aletas anchas y desarrolladas. Pedúnculo largo de sección circular sin engrosamiento distal, partido. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003). Presenta fragmentos de otra punta adheridos por el óxido a una cara.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 28):

Fragmento de espiga de punta de flecha de hierro, de sección circular. Parte proximal (i.e., cercana al cuerpo de la flecha). Longitud conservada, 2,1 cm. Pertenece, por paralelos con el resto de puntas del lote, al tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 29):

Fragmento de espiga de punta de flecha de hierro, de sección circular. Parte proximal (i.e., cercana al cuerpo de la flecha). Longitud conservada, 2,5 cm. Pertenece, por paralelos con el resto de puntas del lote, al tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 30):

Punta de flecha de hierro, casi completa pero fragmentada en cinco trozos. Longitud máxima 6,4 cm. Hoja triangular ancha, con sección aplanada. Aletas anchas y desarrolladas. Pedúnculo largo de sección circular sin engrosamiento distal, partido en cuatro fragmentos. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 31):

Fragmentos de punta de flecha de hierro. Hoja triangular, de sección aplanada y arranque de pedúnculo casi completos, con aletas anchas. Longitud máxima indeterminable; longitud de la hoja, 2,6 cm. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 32):

Punta de flecha de hierro, casi completa pero fragmentada en cinco trozos. Longitud máxima 6,4 cm. Hoja triangular ancha, con sección aplanada. Aletas anchas aguzadas y en parte perdidas. Pedúnculo largo de sección de tendencia circular sin engrosamiento distal, partido en varios fragmentos. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 33):

Punta de flecha de hierro, casi completa pero fragmentada en varios trozos. Longitud máxima indeterminable. Hoja triangular ancha y pequeña de sección aplanada. Aletas cortas aguzadas y en parte perdidas. Pedúnculo largo de sección de tendencia circular sin engrosamiento distal, partido en varios fragmentos. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 34):

Punta de flecha de hierro, casi completa pero fragmentada en varios trozos. Longitud máxima indeterminable. Hoja triangular ancha y pequeña de sección aplanada. Aletas cortas aguzadas y en parte perdidas. Pedúnculo largo de sección de tendencia circular sin engrosamiento distal, partido en varios fragmentos. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 35):

Punta de flecha de hierro, casi completa pero fragmentada en tres trozos. Longitud máxima mayor de 4,1 cm., probablemente unos 5 cm. Hoja triangular ancha de sección aplanada con aletas cortas aguzadas. Pedúnculo largo de sección circular, partido. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 36):

Fragmento de punta de flecha de hierro. Sólo se conserva parte de la hoja, triangular ancha de sección aplanada. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 37):

Punta de flecha de hierro, casi completa pero fragmentada en cuatro trozos. Longitud máxima mayor de 5 cm. Hoja triangular ancha de sección aplanada con aletas cortas anchas. Pedúnculo largo de sección circular, partido. Tipo B con hoja especialmente grande (IIIB2 de Kaiser 2003).

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 38):

Punta de flecha incompleta y fragmentada. Hoja triangular de sección aplanada con aletas. Pedúnculo fragmentado, largo, de sección circular sin engrosamiento distal. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003). Soldada por el óxido a fragmentos de la punta núm. 39 y 39 bis.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 39):

Punta de flecha incompleta y fragmentada. Hoja triangular de sección aplanada con aletas. Pedúnculo fragmentado, largo, de sección circular sin engrosamiento distal. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003). Soldada por el óxido a fragmentos de la punta núm. 38 y 39 bis.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 39bis):

Restos de punta de flecha de hierro, similares a los anteriores soldados a los números 38 y 39.

Punta de flecha (ROD 03/25; tumba 1, individuo 382, ajuar 3012, nº inventario 40):

Fragmentos de hoja de una punta de flecha de hierro. Hoja triangular corta con inicios de aletas y pedúnculo de sección circular aplanada. Tipo B (IIIB2 de Kaiser 2003).

Análisis tipológico

El análisis tipológico de estas puntas (figs. 4 y 5) plantea cuestiones de interés. Básicamente pueden distinguirse dos tipos básicos:

A) 21 ejemplares. La longitud total de la punta oscila entre los 4,2 y los 9,4 cm, con el valor medio en 7,0 cm. Se trata de un tipo de hoja triangular de sección aplanada, con largo pedúnculo cuadrado engrosado en su extremo distal, con hoja grande³ (unos 3 a 5 cm de longitud máxima) o mediana (de 2 a 3 cm)⁴ y aletas desarrolladas (IIIB1 PE de Kaiser 2003), a veces muy aguzadas.

Todas las puntas de este grupo están fabricadas en cobre o aleación de cobre (bronce). De acuerdo con el tamaño de la hoja cabría distinguir dos variantes (piezas mayores o menores de 3,5 cm de longitud de hoja) que no son significativas ni tipológica ni funcionalmente.

De hecho, el examen visual proporciona la impresión de que la mayoría de las puntas de flecha pertenecen a un lote fabricado simultáneamente, con longitudes totales en torno a los 8-9 cm. Sólo dos puntas de aspecto idéntico pero menor tamaño (en torno a los 4,5 -6 cm) parecen pertenecer a un lote de fabricación diferente (números cat. 6, 10 y 20).

B) 21 ejemplares. La longitud total oscila en torno a los 5,5-6,5 cm. Se trata de puntas de flecha de hoja triangular ancha de sección aplanada, aletas cortas y de tendencia ancha, y largo pedúnculo de sección circular sin engrosamiento. Corresponde al tipo IIIB 2 de Kaiser (2003); equivalente al tipo C3 de G. Ruiz Zapatero (1983: 930 ss.); ver Quesada (1997: fig. 277). Todas ellas son piezas forjadas en hierro, por tanto a menudo corroídas y fragmentadas en mucha mayor medida que el grupo anterior. La hoja es triangular con aletas incipientes o poco desarrolladas, sin nervio y sección lenticular más gruesa que en el caso de las flechas de cobre/bronce, pero sin una diferencia significativa en peso.

De acuerdo con el tamaño de la hoja (mayor o menor de 2,5 cm de longitud) cabría distinguir dos variantes que no son significativas ni tipológica ni funcionalmente.

El primer tipo (A) se caracteriza pues por puntas de unos 8-9 cm de longitud total con hojas grandes –hasta 5 cm de longitud– o medianas (más raras), pero en ambos casos planas, sin nervio o con apenas una traza del mismo. Un pequeño subgrupo es de tipología idéntica pero menores dimensiones. Son pues piezas débiles, susceptibles de doblarse con facilidad contra cualquier blanco duro. Por otra parte, su gran anchura en la base y amplias aletas hacen que sea difícil su extracción en un blanco carnoso y que puedan producir heridas que sangren con profusión. En conjunto, pues, creemos factible considerarlas primordialmente piezas pensadas para la caza, y preferentemente caza menor. Sólo la nº 19 presenta un nervio discernible que confiere mayor solidez a la punta, pero tipológicamente es idéntica al resto. La punta nº 10 presenta además una hoja proporcionalmente más corta que se aproxima a las puntas de tipo conocido como Mailhac 1. Pero en todo caso la homogeneidad del conjunto, equivalente a un carcaj completo (*vid. infra*) es notable. Pese a que hay otras variantes menores en la longitud y sección del engrosamiento del pedúnculo, que prueban que las puntas no se fabricaron fundidas en el mismo molde, el conjunto es lo suficientemente homogéneo para aplicar el principio *non sunt multiplicanda entia...*

3. Nos. 4, 5, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, con seguridad también 18, 19, 21

4. Nos. 6, 10, 20.

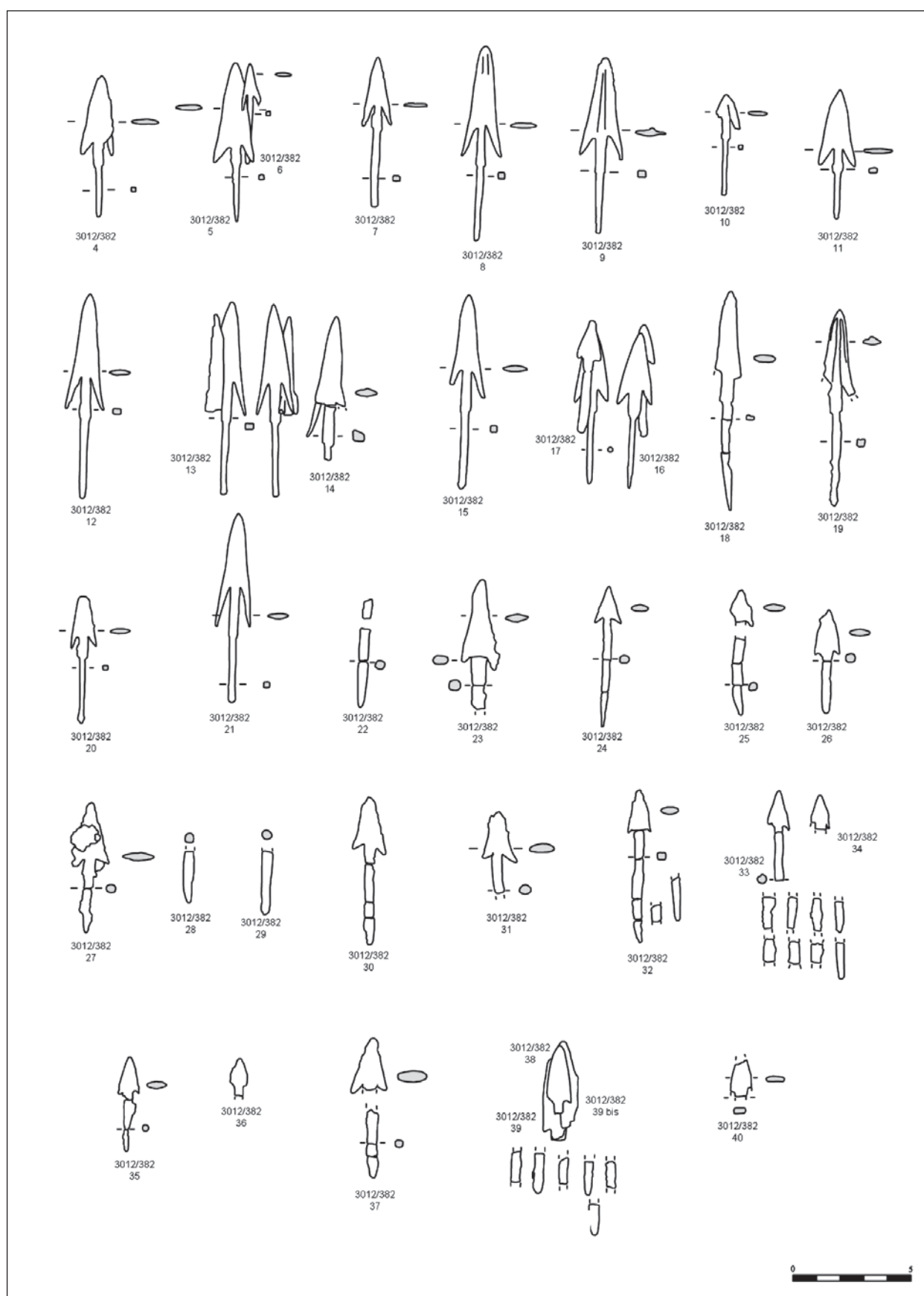


Figura 4. Conjunto de puntas de flecha, realizadas en hierro y bronce, recuperadas en la tumba 1.



Figura 5. Detalle del conjunto de puntas de flecha recuperado en la tumba 1.

El segundo tipo (B) se caracteriza por puntas menores (en torno a los 6 cm) con hojas pequeñas (en torno a 2-2,5 cm de longitud de la hoja) y con un pedúnculo proporcionalmente muy largo. Al igual que en el caso anterior pueden distinguirse dos subgrupos a partir del tamaño de la hoja, mayor⁵ o menor⁶ de 2,5 cm, pero dado el tamaño y peso de estas piezas, la diferencia no es significativa a efectos prácticos.

Las diferencias en dimensiones y proporciones entre los dos tipos quedan explícitas en la gráfica 1. Se aprecia como las puntas de hierro (tipo B) son en general más cortas –en la gama baja de longitud de las de tipo A– y además, a similar longitud total, tienen una hoja considerablemente más corta en proporción al total de la punta que las de cobre/bronce (tipo A). El tipo A cuenta con una variante infrecuente (n=2) de menor tamaño, que sale bastante de su núcleo de dispersión. El número de piezas mensurables en hierro es bajo dado su mayor estado de corrosión y degradación en general que impide tomar sus medidas con precisión.

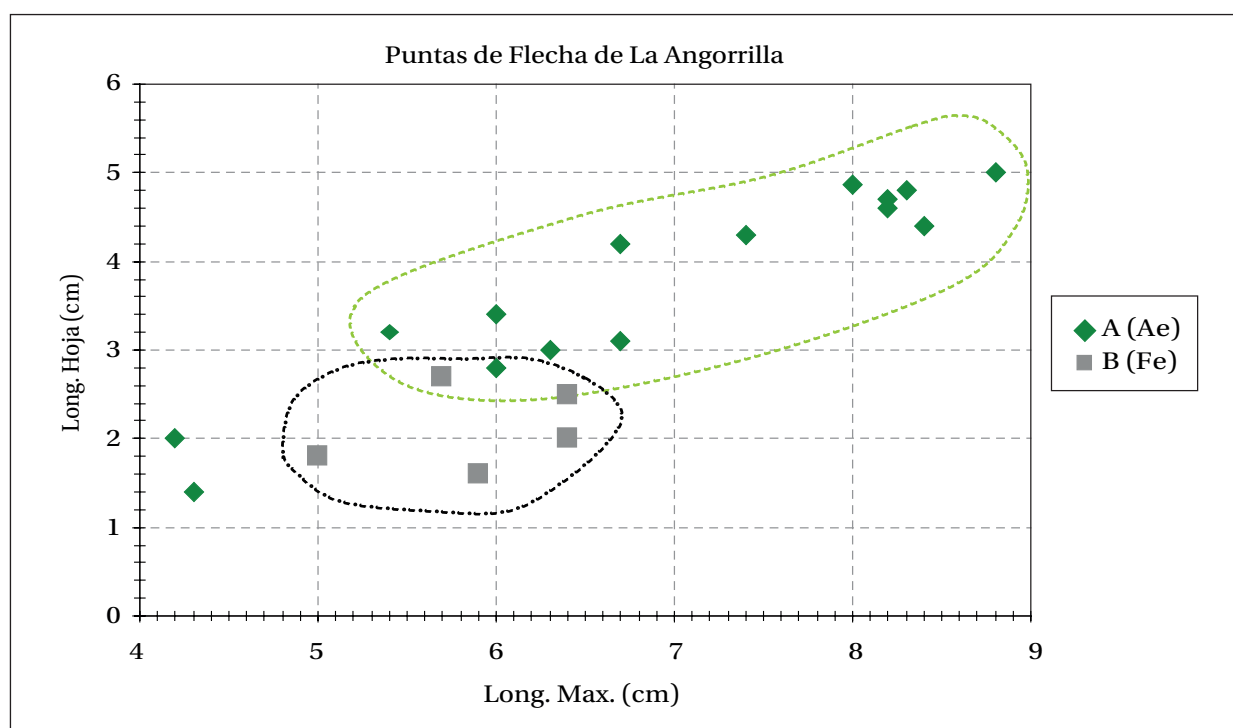
El estudio reciente de J.M. Kaiser (2003) indica que el tipo de aletas desarrolladas y pedúnculo largo engrosado (III B 1 PE en su clasificación) es característico de la mitad occidental de la península ibérica, incluyendo la Baja Andalucía (Kaiser, 2003: tabla 3).

En realidad, los prototipos se remontan a fases antiguas de la Edad del Bronce, con morfologías muy similares, lo que atestiguaría su eficacia para la función a la que se destinaran (ver Hernando Grande, 1988). Sin embargo, en el recuento actualizado de J.M. Kaiser, las puntas de este tipo no pasarían del Bronce Final, sin llegar a la Edad del Hierro (*ibidem*: tabla 5) lo que obviamente debe ser corregido a la vista de los datos de la Angorrilla que ahora presentamos. Por lo que se refiere a las puntas de bronce con punta pequeña, aletas poco desarrolladas y largo pedúnculo no engrosado (tipo III B 2 de la clasificación de J.M. Kaiser), su distribución abarca toda la Península excepto el cuadrante noroccidental (Kaiser, 2003: Tabla 3) y, siempre según su recuento, no llegaría tampoco a la Edad del Hierro en Andalucía ni en ninguna otra región peninsular salvo en Levante. De nuevo el hallazgo de la Angorrilla obliga a prolongar la existencia del tipo hasta la Edad del Hierro, conviviendo obviamente con la tradición más antigua representada, en la misma tumba y conjunto cerrado, por las puntas de flecha de bronce del tipo 'A'.

A la vista de la larguísima tradición que ambos tipos de punta de flecha tienen en la península ibérica, y en particular en la Baja Andalucía, no parece que sea estrictamente necesario buscar en la evidencia arqueológica del Mediterráneo oriental y central para localizar puntas de flecha también similares. Sin duda, siendo tipos relativamente sencillos, sería posible espigar paralelos orientales, como lo

5. Nos. 23, 31, 37, 38, 39.

6. Nos. 17, 24, 25, 26, 27, 30, 32, 33, 34, 35, 36, 40.



Gráfica 1: Comparación entre los tipos de cobre/bronce y de hierro. Dimensiones

es para el caso de las puntas de lanza, como hemos visto. Pero en todo caso los modelos orientales más frecuentes en cronologías anteriores o similares a las que acabe asignar a la Angorrilla, entre los siglos IX y VI a.C. a grandes rasgos, son diferentes a los que aquí documentamos, ya que corresponden o bien a la tradición de puntas planas con hoja foliácea y pedúnculo, bien a hojas pseudofenestradas con nervio de tradición caucásica⁷ o bien a la de puntas perforantes de cubo. En conjunto, los tipos nos parecen pues probablemente locales.

En todo caso, si *a priori* –o por otros argumentos– consideramos que los enterramientos de armas de la Angorrilla corresponden a colonos de origen no peninsular, evidentemente el que existan puntas de flecha o lanzas similares en Chipre o Fenicia sería un dato más a favor. Pero incluso si no hubiera paralelos tan próximos como los peninsulares, el que las flechas fueran de fabricación local tampoco probaría que los individuos enterrados fueran indígenas, ya que es perfectamente factible que un fenicio enterrado en Iberia tuviera entre su ajuar armas de fabricación local. Por el mismo razonamiento, la posible procedencia extrapeninsular de las puntas de flecha no implicaría automáticamente, por sí sola,

de ningún modo, que la persona enterrada con ellas tenga que ser de origen colonial.

Las puntas de la Angorrilla son muy livianas incluso teniendo en cuenta el desgaste producido por corrosión sobre el bronce. El peso medio de las puntas conservadas completas es de 3,3 gr., aunque si se tiene en cuenta sólo las puntas mayores (con hoja grande) el peso medio sube a 5,3 gr.

A título comparativo, las puntas de anzuelo de tipo 11 a son *proporcionalmente* más pesadas. Por ejemplo, el peso medio de un conjunto de 68 puntas de flecha de tipo fenicio púnico (tipos 11a y variantes) del ámbito de la Baja Andalucía es de 4,71 gr.⁸ Esto es, las puntas de cubo de tipo semita son, para dimensiones menores (3,9 cm de media para n=68) más densas y pesadas que las de aletas y pedúnculo de la Angorrilla (long. media 6,6 cm para n=22). Estos datos, unidos a la tipología, y en particular a la mayor anchura de las puntas de la Angorrilla, la ausencia de nervio y la presencia de aletas desarrolladas, tienden a hacer pensar de nuevo que las puntas de la Angorrilla estaban destinadas sobre todo a la caza o en todo caso a la lucha contra enemigos con nula protección corporal, ya que su capacidad de penetración contra un escudo o coraza es escasa; es sabido que

7. Como el pequeño lote conservado en el Metropolitan Museum de Nueva York: http://www.metmuseum.org/toah/ho/04/waa/ho_1991.314.3-8.htm (consultado por última vez el 29 Febrero 2008)

8. Los yacimientos de referencia son Los Guindos, el Hacho de Benamejí, Llanete de los Moros, Pancorvo, Zambra. Ver datos en Quesada (1997, Apéndices).

Tabla 2. Dimensiones y tipología de las puntas de flecha de la Angorrilla.

Inv.	Metal	LgMx	LgHj	LjEs	AnMxHj	Peso	Secc.	Nv	Pedún.	Variante	Tipo	C.	Observaciones
4	Ae/Cu	6,0	3,4	3,2	1,4	2,7	Plana	N	Engr./C	III B 1 PE	A	E	Una aleta rota
5	Ae/Cu	6,7	4,2	3,2	1,8	-	Plana	N	Engr./C	III B 1 PE	A	E	Soldada a 6
6	Ae/Cu	4,2	2,0	2,9	0,8	-	Plana	N	-/C	III B 1 PE -p	A -p	E	Soldada a 5
7	Ae/Cu	6,3	3,0	4,3	1,2	2,5	Plana	N	Engr./C	III B 1 PE	A	E	
8	Ae/Cu	8,2	4,7	4,8	1,7	5,5	Plana	¿	Engr./C	III B 1 PE	A	E	Posible nervio
9	Ae/Cu	7,4	4,3	4,0	1,9	5,7	Lentic.	S	Engr./C	III B 1 PE	A	E	Nervio en la hoja
10	Ae/Cu	4,3	1,4	3,1	1,2	>1,0	Plana	¿	Encgr./C	III B 1 PE-p	A -p	B	Una aleta rota
11	Ae/Cu	5,4	3,2	2,9	1,6	1,9	Plana	N	Engr./C	III B 1 PE	A	E	
12	Ae/Cu	8,8	5,0	5,2	1,7	4,7	Lentic.	N	Engr./C	III B 1 PE	A	E	
13	Ae/Cu	8,3	4,8	4,9	1,6	—	Lentic.	¿	Engr./C	III B 1 PE	A	E	
14	Ae/Cu	—	5,1	—	1,6	—	Lentic.	N	Engr./C	III B 1 PE	A	M	Pedunc. roto. Falta aleta
15	Ae/Cu	8,2	4,6	5,1	1,6	>4,9	Lentic.	N	Encgr./C	III B 1 PE	A	B	Falta parte de una aleta
16	Ae/Cu	6,7	3,1	4,1	1,5	—	Plana	N	Engr./R	III B 1 PE	A	E	Soldada a 17 (de Fe)
17	Fe	4,9	1,8	3,3	1,1	—	—	—	—	III B 2	B	R	Soldada a 16 (Ae).
18	Ae/Cu	9,4	—	6,0	—	>5,3	Lentic.	N	Engr./C	III B 1 PE	A	M	Aletas perdidas
19	Ae/Cu	8,4	4,4	5,1	1,7	>4,9	Lentic.	S	Engr./C	III B 1 PE	A	R	Aletas totas. Vaceos.
20	Ae/Cu	6,0	2,8	3,8	1,2	>1,8	Plana	N	Engr./C	III B 1 PE -p	A -p	R	Extremo punta roto
21	Ae/Cu	8,0	4,9	5,8	1,5	3,6	Plana	N	Engr./C	III B 1 PE	A	E	
22	Fe	—	—	—	—	—	—	—	—	¿?	B	D	3 trozos de pedúnculo
23	Fe	—	4,0	—	1,6	>3,9	Lentic.	N	—/R	III B 2 -g		M	Rota. Falta parte espiga
24	Fe	5,9	1,6	4,6	1,2	1,6	Lentic.	N	Liso/R	III B 2		E	
25	Fe	—	—	—	—	—	—	N	Liso/R	III B 2		M	4 frgs. de espiga y punta
26	Fe	—	2,0	—	1,3	>1,7	Lentic.	N	Liso/R	III B 2		M	2 frgs. Falta pte espiga
27	Fe	5,7	2,7	3,2	1,7	<3,7	Lentic.	N	Liso/R	III B 2		M	Rota en dos trozos
28	Fe	—	—	—	—	—	—	—	Liso/R	¿?		D	Extremo distal espiga
29	Fe	—	—	—	—	—	—	—	Liso/R	¿?		D	Extremo distal espiga
30	Fe	6,4	2,5	4,3	1,5	2,8	—	N	Liso/¿	III B 2		B	Completa. Rota 4 frgs.
31	Fe	—	2,6	—	1,7	2,0	Lentic.	N	Liso/R	III B 2 -g		M	Falta parte espiga y pta
32	Fe	6,4	2,0	4,7	1,0	>2,4	Lentic.	N	Liso/C	III B 2		R	Completa, en 5 frags.
33	Fe	—	1,8	—	1,0	—	—	—	Liso/?	III B 2		M	Fragmentos
34	Fe	—	—	—	—	—	—	—	Liso/?	III B 2		D	Fragmentos
35	Fe	4,1	1,8	2,6	0,9	—	Lentic.	N	Liso/R	III B 2		M	Fragmentos

Inv.	Metal	LgMx	LgHj	LjEs	AnMxHj	Peso	Secc.	Nv	Pedún.	Variante	Tipo	C.	Observaciones
36	Fe	—	—	—	—	—	—	—	—	III B 2		D	Fragmento de punta
37	Fe	—	2,5	—	1,6	>2,5	Lentic.	N	Liso/R	III B 2 -g		M	Punta y 3 frgs. espiga
38	Fe	—	3,1	—	—	—	—	—	—	III B 2 -g		M	Fragmentos
39	Fe	—	2,6	—	1,1	—	—	—	—	III B 2 -g		M	Fragmentos
39bi	Fe	—	—	—	—	—	—	—	—	¿?		D	Fragmentos
40	Fe	—	—	—	—	—	—	—	—	III B 2		D	Trozo de la punta

Criterios de dimensiones y tipos a partir de F. Quesada (1997). Dimensiones en cm. Pesos en gramos. LgMx: longitud máxima. LgHj: Longitud de la hoja (hasta el final de las aletas; por tanto la suma de la longitud de la hoja y de la espiga puede ser mayor que la total de la punta). LjEs: Longitud total del pedúnculo o espiga. AnMxHj: Anchura máxima de la hoja incluyendo la aletas. Peso: en gramos. Puede haber alteraciones notables por corrosión especialmente en las piezas de hierro. Secc: Sección de la Hoja. Nv: presencia/ausencia de nervio. Pedúnculo: tipo y sección del pedúnculo / Cuadrada o Redonda). Variante: Según J.M. Kaiser (2003) modificado. Una -p indica que es una variante de hoja pequeña, menor de 3 cm de longitud; -g indica una hoja grande en el tipo B, mayor de 2,5 cm. C: conservación, Excelente, Buena, Regular, Mala o destruida, según la capacidad de determinar las dimensiones principales. Observaciones

el peso de la flecha es uno de los criterios decisivos en la efectividad del arco (Godehart *et al.*, 2007: 131). No es posible saber si las flechas de la Angorrilla se asociaban en su momento a un arco simple de tradición probablemente local o quizá próximo-oriental, o a un arco compuesto que necesariamente sería de tradición próximo-oriental (sobre la eficacia de diferentes tipos de arco, ver comparativa en Bergman *et al.*, 1988). Pero la sencilla tipología de las puntas, su gran longitud y anchura, nos llevan a pensar que se diseñaron para un arco simple más que para uno compuesto (ver Quesada, 1997: 464). En todo caso, conviene recordar que el mundo fenicio empleaba también tipos de arco simple junto con el más elaborado y potente arco compuesto.

Las puntas de cubo no son necesariamente más eficaces que las de pedúnculo, pero sin duda son más elaboradas y costosas en su fabricación, aunque haya tipos de ambos grupos desde épocas antiguas ya en la Edad del Bronce (por ejemplo, R.J. Mercer 1970 recoge una primera catalogación genérica de ambos grupos; J.P. Mohen 1980 para una clasificación tipológica general en la Edad del Bronce); pero ya en el siglo VII a.C. el tipo habitualmente empleado por los fenicios y otros pueblos del Próximo Oriente, y luego por los púnicos, era el de cubo en sus numerosas variantes (Ferrer, 1994). Conjuntos recientemente publicados del Orientalizante del occidente peninsular presentan también puntas de flecha de cubo tanto de tipo 'fenicio-púnico'/'escita' como de tradición de doble filo y aletas, sin ejemplares de pedúnculo, caso de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz), fechable desde el siglo VII a.C. (Rovira *et al.*, 2005: 1234, fig. 2); en cambio, en yacimientos mucho más interiores aparecen puntas de pedúnculo muy similares a las de la Angorrilla, aunque con un ligero

nervio que las haría, si cabe, más resistentes, caso de la punta de Las Camas que, aunque el C14 arroje fechas del siglo IX, no parece anterior al VII a.C. por sus materiales (Urbina *et al.*, 2007: fig. 21). Esto es un indicio del carácter posiblemente 'indígena' de estas flechas, aunque, insistamos una vez más, no necesariamente de su propietaria.

Como en fechas relativamente recientes ha analizado F.J. Muñoz (1999), el peso del conjunto de las flechas es uno de los criterios decisivos para analizar su funcionalidad. En este caso no es posible determinarlo, ya que desconocemos la longitud real y el material del astil, pero la evidencia etnográfica sugiere que las variaciones son muy amplias. Las puntas de flecha de cualquier tipo y material, incluyendo el sílex en el Solutrense, rara vez sobrepasan los 5 gr., aunque hay piezas excepcionales que alcanzan los 10 e incluso los 18 gr.⁹ La flecha completa en estudios etnográficos muy amplios presenta un rango de variabilidad mayor, entre los 30-40 gr., aunque hay flechas muy pesadas de hasta 90 y más gramos, reservadas eso sí a los arcos más potentes de gran longitud (tipo *longbow*), mientras que los arcos compuestos de pequeño tamaño suelen emplear flechas reducidas y relativamente livianas. El muy reciente estudio de Godehart *et al.* (2007) sobre el arco compuesto de tipo escita –que *podría* haber sido ocasionalmente traído a Iberia por los fenicios desde el siglo VIII a.C., aunque no hay razón para creer que fuera el empleado para las flechas de la Angorrilla–, emplea flechas cuyo peso total oscila, con diferentes tipos de punta, entre los 35 y los 55 gr.

9. Pueden encontrarse numerosas consideraciones útiles, aunque referidas a puntas de piedra y flechas destinadas a estas puntas, en el libro colectivo coordinado por H. Knecht (1997).

Número, posición y contexto de las puntas

Otra cuestión a considerar es el número y posición de las puntas de flecha tal cual fueron halladas en la excavación. La capacidad de los carcajs conocidos a lo largo de la historia es extremadamente variable, entre la decena y la cuarentena de piezas, dependiendo entre otros muchos factores del tamaño de las flechas, el tipo de emplumado, y otros muchos factores. En la Edad del Bronce el así llamado ‘hombre del Tirol’ u ‘Otzi’ portaba consigo en el momento de su muerte en la montaña un carcaj con catorce flechas de punta de sílex, de las que sólo dos estaban completamente acabadas.

Más cercanos en el tiempo, los príncipes celtas centroeuropeos del Hallstatt D (siglo VI a.C.) se enterraron con carcajes de cuero llenos de flechas, que suelen atribuirse a funciones cinegéticas más que a la guerra, quizá por un prejuicio, pero un prejuicio bien anclado en lo que sabemos sobre el escaso empleo del arco en la guerra durante la Edad del Hierro tanto en el Mediterráneo como en Europa Central (al respecto Quesada, 1997: 466 ss.; Kaiser, 2003: 90 ss.) y en la Alta Edad Media (Bradbury, 1985; de Vries, 1992: 34-35). En todo caso, la Sep. VI de Hochmichele, junto al Heuneburg, fue hallada íntegra y contenía junto a los cuerpos de una pareja de varón-mujer adultos, un carro ceremonial de cuatro ruedas y, entre muchos otros objetos, un carcaj de cuero conteniendo cincuenta y una flechas con punta de hierro y hoja triangular con dos aletas afiladas. El carcaj se depositó cuidadosamente junto a la cabeza del difunto varón¹⁰. Por otro lado, en la gran sepultura individual del llamado ‘príncipe’ de Hochdorf se encontró, colgado del respaldo del gran lecho sobre el que se depositó el cadáver, otro carcaj conteniendo trece flechas con punta de hierro y una con punta de bronce (Hochdorf, 1985: 82-83, Abb. 83)¹¹. La deposición de puntas mezcladas en el mismo contexto, incluso en tumbas del mayor rango, está pues perfectamente documentada en un contexto cronológico similar al de la Angorrilla.

En época de Carlomagno, y a juzgar por la Capitular de Aquisgrán de 802-803 en la que se requería a cada hombre portar un arco, una cuerda de repuesto y doce flechas, tal cifra parece un estándar para el carcaj individual (de Vries, 1992: 35-36). Para 1356 sin embargo, el lote normal de flechas, un manojo, contenía 24 flechas (de Vries, 1992: 39, citando documentos de época del príncipe Negro), número

que también aparece como habitual para cada arquero en Azincourt en 1415 (Keegan, 1978: 92). Las dos docenas parece que perduraron como un estándar, ya que a comienzo de la Edad Moderna, el naufragio del Mary Rose, buque insignia de Enrique VIII (hundido en 1545 en combate con barcos franceses) ha proporcionado 138 arcos largos y hasta 2000 flechas. La mayoría están agrupadas en lotes de 24, y se conservan algunos ‘separadores’, discos de cuero perforados para sujetar las flechas sin que el roce de unas con otras en el carcaj dañara las plumas; estas piezas tienen en torno a 24 agujeros, del tamaño suficiente para que pasaran las puntas, macizas y estrechas (Bradbury, 1985:155-157).

En consecuencia, los dos lotes de 17 y 21 flechas pueden corresponder tanto a dos carcajs como a uno grande, aunque dada la forma en que aparecen apelotonadas, todo indica que se trata de un solo conjunto de flechas. La forma piramidal es engañosa ya que, con la descomposición de los astiles –en los que sin la menor duda estaban insertas las puntas, dado el patrón deposicional– la posición de hallazgo es compatible con un haz de flechas atadas entre sí o colocadas dentro de un carcaj.

La asociación de tipos de flecha de distintos tamaños y pesos en el mismo carcaj es perfectamente normal, ya que un arquero experimentado empleaba puntas de peso y tamaño diferentes, ligeras para hostigar a larga distancia, pesadas para empleo a corta distancia (Miller, McEwen y Bergman, 1986: 189)

La asociación de un lote de flechas a una cremación identificada –con todas las precauciones que es necesario adoptar en este tipo de identificaciones con restos cremados– como femenina es inusual aunque no inusitada, al menos en época ibérica cuando contamos con un número mayor de análisis (Quesada, 1997: 636 ss.). En principio, debe evitarse la identificación de los conceptos de ‘sexo’ y de ‘género’, donde el primero resulta de una identificación de rasgos biológicos propia de la antropología física y la medicina, y el segundo es una construcción social que depende de un papel o ‘rol’ dentro de un grupo social en un momento determinado¹². En ese sentido, es concebible que un lote de armas –y

10. http://www.dhm.de/museen/heuneburg/de/weg_hohm2.html

11. Según nos confirma además amablemente por email Wolfgang M. Werner, del *KeltenMuseum* (com. pers. 7-XII-2007).

12. Sobre la cuestión ver para terminología y conceptos básicos, A. Hernando (2007: 168 ss.); más elemental pero descriptivo, <http://courses.washington.edu/gender/basics/sld001.htm> (consultado por última vez e 3 de marzo de 2008); <http://www.indiana.edu/~lggender/sex-vs-gender.html>. Papel de las mujeres y las relaciones de género en formación de estado: B.F. Russell (2003); y en el mundo funerario: B. Arnold y N.L. Wicker (2001); B. Arnold (1995; 1991). Sobre ‘mujeres guerreras’ en la antigüedad y tumbas con armas, ver recientemente J. Davis-Kimball (2002) (título interesante pese a su título peculiar).

más si se trata de armas de caza como parece plausible según hemos argumentado antes– aparezca en un ajuar funerario correspondiente a una persona de sexo femenino, pero a quien en el muy peculiar contexto mortuario se atribuyen funciones –o rango– habitualmente propios del género masculino –insistimos, dado que género es una noción construida, cultural, de lo que es femenino y masculino–. Todo ello, claro está, dado que no hay el menor indicio arqueológico, iconográfico o textual de que la caza o la guerra fueran actividades practicadas por personas de sexo femenino en la Iberia prerromana.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE ARMAS Y TRADICIONES BÉLICAS ENTRE LOS SIGLOS X Y VI a.C. EN EL SUROESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

El tema de la panoplia utilizada durante el período citado ha sido tratado por varios autores en las últimas décadas, bien de manera específica (Almagro Basch, 1965; Almagro-Gorbea, 1973; Meijide, 1988; Quesada, 1997; Ferrer *et al.*, 1997; Farnié y Quesada, 2005; etc.) o bien formado parte de estudios más amplios y genéricos referidos al período tartésico, Bronce Final u orientalizante (Murillo, 1994; Ruiz-Gálvez, 1998; Torres, 2002; etc.). Un reciente ejemplo podría ser la visión que M. Torres ofrece sobre este asunto en su obra *Tartessos* (2002). En su apartado “Armamento y Guerra” (Torres, 2002: 261-271) el autor nos ofrece un recorrido general desde el Bronce Final precolonial hasta el período orientalizante. Para el primer momento utiliza como documentación básica la información aportada por las estelas de guerreros del suroeste y los depósitos fluviales de armas, reconociendo una clara filiación atlántica en la panoplia tartésica (Torres, 2002: 262). En el siguiente apartado, tras el impacto colonial fenicio, M. Torres analiza los cambios que a través de la influencia oriental se dan no sólo en el armamento, sino también en la manera de concebir la guerra en el ámbito tartésico (Torres, 2002: 264).

Desde nuestro punto de vista, el registro material de este período y la parcial pero esencial documentación iconográfica que conocemos, reflejan varias tradiciones culturales muy distintas que se encuentran y coinciden cronológicamente en el suroeste de la península ibérica, y que a su vez influyen e interaccionan con otras propias del sureste y levante.

Durante los últimos momentos del Bronce Final, si atendemos a una periodización clásica como puede ser la establecida por M. Ruiz-Gálvez (1998: fig. 60), asistimos a un espectacular incremento de la

documentación arqueológica, en lo que a armas –y concretamente a espadas– se refiere¹³. En el medio día peninsular el número de espadas documentadas pasa de dos al inicio del Bronce Final y tres para el siguiente período, a un total de más de setenta¹⁴ de la variante de “lengua de carpa”, pertenecientes al Bronce Final III (cf. Meijide, 1988: figs. 1, 2 y 9). Este periodo se ha datado entre mediados del siglo X a.C. y mediados del VIII a.C. (Ruiz-Gálvez 1998: fig. 60), aunque otros autores, basándose en el conjunto de la Ría de Huelva, señalan una fecha en torno a la primera mitad del siglo IX a.C. (Meijide, 1988: 100). Los tipos de espada existentes y sus rasgos definitorios han sido convenientemente resumidos en forma tabular en fechas recientes (cf. Farnié y Quesada, 2005: fig. 6). Sin duda el citado depósito es de un interés crucial para analizar la tradición bélica del momento cronológico que aquí analizamos. A partir de las muestras analizadas, mediante C14, procedentes de la Ría de Huelva se ha establecido una fecha de conjunto, por el contexto, en torno al siglo X a.C., si bien el arco recogido por diversas muestras abarca fechas entre mediados del siglo XI a.C. y mediados del IX a.C. (Ruiz-Gálvez, 1995: 79).

También, aunque en un número muy inferior, se documentan, en este período, otros tipos de armas de tradición atlántica como puñales de lengüeta corta, puntas de flechas y regatones y puntas de lanzas. En el plano defensivo se documentan en la Ría de Huelva un par de cascos de cresta posiblemente con prototipos orientales.

La mayoría de elementos de esta panoplia aparece representada en las estelas de guerreros del suroeste¹⁵. Al margen del armamento, en muchos de estos monumentos aparece representado el propio guerrero. Un personaje que muchos investigadores han relacionado con caudillos militares, con un elevado rango social dentro de su grupo o clan, avalado por sus méritos de carácter social o militar (cf. Torres, 2002: 261; Harrison, 2004).

Estos son los rasgos que caracterizan, según se ha mantenido tradicionalmente, la tradición bélica en el mundo tartésico previo al impacto colonial fenicio, situado tradicionalmente a partir del siglo VIII a.C. –hoy en día podemos probablemente

13. Hacemos esta puntualización y nos centraremos básicamente en estos elementos para no entrar en el debate sobre el hiato poblacional o documental del Bronce Final, sobre el que tanto se ha hablado en los últimos años.

14. Hay que señalar que de esta cifra más de sesenta pertenecen al depósito de la Ría de Huelva.

15. Para un estudio en profundidad de estos elementos consultar S. Celestino (2001), o el trabajo de E. Galán (1993).

remontarnos a la centuria anterior-, y a partir del cual el panorama cambia sustancialmente ya que la proporción de testimonios arqueológicos se invierte con respecto a la etapa anterior: el número de armas descende ostensiblemente en proporción al resto de manifestaciones de la cultura material¹⁶.

Es en ambientes funerarios donde se documentarán en lo sucesivo los escasos –pero crecientes en número– ejemplos de la panoplia característica del momento orientalizante, por ejemplo, y limitándonos al área del suroeste, en El Palmarón (Belén, 1995; Farnié y Quesada, 2005: 54 ss. con la bibliografía anterior), La Joya (Garrido y Orta, 1978; Farnié y Quesada, 2005: 52 ss. con bibliografía anterior comentada); Cástulo (Blanco, 1965; de la Bandera y Ferrer, 1995; Farnié y Quesada, 2005: 43-45), Cañada de Ruiz Sánchez (Maier, 2007 con la bibliografía anterior), además de toda una serie de sepulturas portuguesas con armas –muchas de datación problemática pero con seguridad de principios de la Edad del Hierro– (Barros *et al.*, 2005; Cardoso y Gradim, 2005; Paixao, 1983), y ahora la Angorrilla. El panorama se amplía y enriquece notablemente si atendemos a los crecientes datos del sureste y de Levante, en especial el levante septentrional, con yacimientos de carácter orientalizante de enorme importancia, como la necrópolis de Les Casetes en Alicante (García Gandía, 2002, 2003, 2004 y 2005), y una amplia serie de hallazgos de los siglos VII-VI a.C. en la fachada mediterránea (analizados en detalle en Farnié y Quesada, 2005).

Aunque, en palabras de M. Torres, “llama la atención la práctica inexistencia de espadas que puedan fecharse en este momento” (2002: 264), la realidad es que el tránsito de la metalurgia del bronce a la del hierro en cuestiones de armamento ofensivo planteó una serie de problemas que desembocaron en un cambio radical en la tradición de espadas, de las hojas largas y estrechas del Bronce Final a las hojas más cortas de los siglos VI y V a.C. y a las cortas y anchas de la segunda (análisis detallado en Farnié y Quesada, 2005: 38-45 y 213 ss.). Es probablemente en parte por este problema metalúrgico por lo que las espadas de hierro escasean durante el periodo que va de mediados del siglo VIII a fines del VI a.C., aunque en absoluto son inexistentes. De hecho, es posible identificar en piezas como la espada del Palmarón una tradición de espadas de hierro con hoja larga de filos paralelos, heredera de las del Bronce Final, en el ámbito tartésico, tradición paralela a la

de espadas de hoja recta y empuñadura de espiga rematada en antenas propia del ámbito catalán y del levante septentrional (Farnié y Quesada, 2005 para detalles).

En todo caso, no cabe duda de que desde el punto de vista numérico, y sin duda desde el de la importancia militar, el protagonismo es ahora de las puntas de lanzas, realizadas en hierro, con tendencia a un mayor tamaño y peso que las de la etapa anterior. Esta diferencia apunta, según F. Quesada (1997: 399), a su empleo como armas de combate cuerpo a cuerpo, ya que poseen una gran capacidad de penetración y también de corte con el filo lateral, frente a las de tradición atlántica generalmente más cortas y más útiles como armas arrojadas.

También se observa durante la primera Edad del Hierro un incremento del número de puntas de flecha, así como importantes cambios en su tipología, mientras que en el suroeste peninsular entran en franca decadencia las puntas de espiga y aletas, características del Bronce Final (Ruiz-Gálvez, 1995: Lám. 18; Kaiser, 2003), aunque también aparecen en los comienzos del período orientalizante, como las de la Angorrilla. Frente a ello se hacen omnipresentes los modelos derivados de los prototipos escitas traídos a Iberia a través de los fenicios (Ferrer, 1994; Quesada, 1997: 441 ss.). En cambio, en Levante y nordeste perduran con una amplia variedad tipológica las puntas de bronce de pedúnculo y aletas (Ruiz Zapatero, 1983: 930 ss.; Quesada, 1997: 458 ss.).

No es realmente posible hablar de ‘modelos típicos’ de elementos defensivos como cascos, dada la escasez de ejemplares conocidos (Mancebo, 1998; Torres, 2002: 261 ss.). Pero sí se aprecia que, frente a los modelos de tipo probablemente próximo-oriental documentados en el depósito de Huelva y los discutibles reflejados en las ‘estelas del suroeste’ (Celestino, 2001:151 ss.), a partir del siglo VII a.C. se introducen modelos de tipo griego corintio arcaico (Huelva, Guadalete, cf. Olmos, 1988), quizá visibles también en la iconografía (en uno de los marfiles de Bencarrón, cf. Torres, 2002: 265, fig. X.4). El soldado que lucha con un león y un grifo en este marfil (Aubet, 1981-82: fig. 4, lám. III), es sin embargo demasiado esquemático para que pueda sacarse gran cosa en limpio sobre su panoplia; de hecho, pese a la apariencia helena de su casco de cimera, su aspecto general no es lejano de la descripción que de los soldados fenicios hace Heródoto al referirse a los contingentes navales de este origen en el gran ejército de Jerjes a principios del siglo V a.C.: “los fenicios, en unión de los sirios de Palestina, que iban equipados como sigue: en la cabeza llevaban unos yelmos

16. Volvemos a obviar intencionadamente el espinoso asunto del hiato poblacional.

de características muy similares a los de tipo griego, iban ataviados con petos de lino y portaban escudos redondos sin reborde como en el aspis, así como jabalinas..." Hdt. VII, 89, trad. C. Schrader modificada).

En conjunto pues, la introducción de la metalurgia del hierro y la presencia colonial semita supuso no un desplazamiento completo de la tradicional panoplia del Bronce Final, sino su enriquecimiento con nuevos tipos de armas, la traslación inicial de las espadas a modelos similares a los del Bronce Final pero en hierro, la aparición ocasional de cascos de bronce, y sobre todo un mayor peso relativo del arco y las flechas, con la introducción de nuevos tipos más aptos para la guerra –capacidad perforante– que los anteriores, aunque sin desplazarlos por completo.

Por lo que se refiere a la cuestión de la cronología precisa, las dataciones recientemente revisadas, obtenidas mediante carbono 14 calibrado para los primeros momentos de la colonización fenicia en la costa andaluza aportan fechas en torno al último cuarto del siglo IX A.C. (Torres, 1998: 57). Es más, los análisis de C14 obtenidos en el nivel de fundación del santuario de El Carambolo arrojan una fecha, en el mayor margen de posibilidades (95'4%), entre 1020 y 810 A.C. (Fernández, 2005: 85).

De todo esto se desprende, atendiendo también a las fechas de C14 de la Ría de Huelva (ss. X-IX a.C.) y el margen cronológico que se da para el Bronce Final III (ss. X-VIII a.C.), que, al menos, entre los ss. IX y VIII¹⁷ a.C. ambas tradiciones armamentísticas convivieron, aunque no podemos saber hasta qué punto ello afectó a las tácticas y formas de combate, más dependientes de otros aspectos como la estructura social, la base demográfica y política que de los tipos de armas.

Así pues, tal vez habría que considerar que desde los siglos X y IX a.C. confluyen en el suroeste andaluz dos poblaciones tecnológica y culturalmente diferentes. El registro arqueológico nos habla, a nuestro entender, de dos tradiciones bélicas, dos maneras de entender el enfrentamiento armado diferenciadas. Una que hunde sus raíces, indudablemente, en el Bronce Final Atlántico y otra de origen oriental que conviven, al menos, hasta principios del siglo VI a.C. como muestra la, tantas veces citada, espada de hierro de Cástulo. Para profundizar en los modos de interacción entre ambos grupos y de cómo finalmente, de un modo u otro, el

grupo oriental parece acabar imponiéndose harán falta estudios futuros que ahonden en estas cuestiones. Pero por ahora, y rememorando el título de un viejo pero importante artículo de M. Almagro Basch (1965) sobre si "Los primeros escudos españoles, ¿eran orientales o nórdicos?", y extrapolando la figura del escudo a toda la panoplia, habría que puntualizar que éstos eran orientales "y" nórdicos (o mejor, "atlánticos peninsulares").

La clasificación formal y tipológica de las armas no es sino un paso previo hacia el estudio de diversos aspectos de la sociedad que fabricó, utilizó y se enterró con ellas. Casi todos los estudios específicos sobre armamento en una sociedad concreta insisten en que el análisis de un aspecto particular como el de la presencia o no de armas, y sus tipos, es esencial. Además del conocimiento de la organización bélica de una determinada comunidad y de la tradición tecnológica, en este caso metalúrgica, de la misma, sobre todo si se documentan en los enterramientos, las armas pueden informarnos de su valor simbólico y de la ideología dominante en ese colectivo. Por ejemplo, y en relación al primer aspecto, F. Quesada (1997: 347-348) ha subrayado la importancia de preguntarse si las puntas de lanza eran armas arrojadizas (jabalinas) o picas que se usaban habitualmente empuñadas, aún cuando podían ser arrojadas a corta distancia: *"la pregunta es importante por dos razones: por un lado, la división timocrática de los ejércitos y sociedades del Mediterráneo antiguo hace que habitualmente los miembros más pobres de la sociedad combatieran con jabalinas arrojadizas, sin portar armamento pesado; a la inversa, los grupos más ricos tendían sistemáticamente a adoptar un armamento más pesado, incluyendo lanzas grandes y pesadas, diseñadas para combatir cuerpo a cuerpo [...]* En segundo lugar, la pregunta es importante porque del tipo de armamento predominante puede inferirse la táctica empleada y sobre ella pueden discutirse algunas cuestiones sobre la estructura social del pueblo que utiliza el armamento... el predominio de lanzas pesadas no arrojadizas puede indicar [...] una táctica de infantería pesada de modelo más o menos similar al de la falange..." En este sentido, las lanzas de la Angorrilla, lo que hacemos extensivo al resto de las necrópolis orientalizantes de la península ibérica, eran armas diseñadas para ser empuñadas, no arrojadas, aptas bien para un combate individual cuerpo a cuerpo entre campeones, bien para una lucha en formación cerrada.

No podemos coincidir plenamente con M. Torres (2002: 261 ss.) en que la influencia fenicia, como en otros ámbitos de la cultura orientalizante, se dejase

17. Hay que recordar que el tipo de espada Sa Idda, perteneciente a la familia "lengua de carpa", perduran al menos hasta el siglo VIII a.C. (Farnié y Quesada, 2005: fig. 6).

sentir de modo decisivo en las armas y, por tanto, en los usos bélicos de las comunidades del Bronce Final, aunque ciertamente habría existido continuidad entre los usos bélicos de los fenicios de las metrópolis y sus colonos allende el mar. De hecho, las tradiciones armamentísticas que se documentan en contextos de ambiente orientalizante adoptaron elementos semitas (puntas de flecha de anzuelo), pero también otros de raíz helena como cascos corintios –quizá pero no necesariamente importados por los fenicios–, y progresivamente se adoptaron otros elementos de raíz mediterránea para cuya procedencia itálica –que no para su origen último, que es diverso– hay muchos más datos que para una fenicia (discos coraza, espadas tipo Terni que darían lugar a variantes de frontón, *machairai*... ver Quesada, 1997). En el proceso, la vitalidad indígena iría diseñando una panoplia híbrida, propia y característica, mientras que muchos elementos importados tendrían éxito relativo o escaso (como las propias flechas y cascos citados). Junto a las aportaciones semitas –fundamentalmente la metalurgia del hierro y un peso creciente del arco, probablemente del tipo compuesto, en las cuencas media y baja del Guadalquivir, pero no mucho más allá– el peso de la tradición local es inicialmente evidente en la persistencia del uso de diversos tipos de lanzas largas y cortas, de espadas de hoja recta –incluso trasladando al hierro los tipos del Bronce Final–, del escudo circular visible en las estelas del suroeste, etc.

La panoplia representada en dichas estelas se compone habitualmente de casco, escudo, lanza y espada, a veces de arco y flechas, y quizá en algún caso de coraza (Celestino, 2001). Por su parte, las armas arrojadas a las aguas, siempre de bronce, son básicamente cascos, espadas, lanzas, hachas y puñales (ver Ruiz-Gálvez, 1995). Se trataría, según M. Torres (2002: 263) de *“infantes equipados con armamento pesado a los que únicamente sus iguales podrían hacer frente, ya que el resto de combatientes de menos status social partirían con una gran desventaja al no contar con el equipo adecuado para enfrentarlos”*. Sugiere el mismo autor que estos guerreros estarían apoyados por parientes y otros guerreros de menor rango que combatirían con lanzas, posiblemente ligados a aquéllos por vínculos de parentesco dentro de una sociedad de tipo tribal, o bien asociados a estos personajes a través de la clientela, al ser jóvenes sin posibilidad de promoción económica y social.

Estos individuos, a modo de caudillos o jefes militares, estarían arropados por otros guerreros de menor rango a los que les unirían pactos de

fidelidad (Almagro Gorbea, 1996: 31-33; Ruiz, 1998), y desarrollarían, siguiendo a M. Torres (2002: 264), un tipo de lucha caracterizada por *“el combate individual entre campeones de estilo heroico similar al que encontramos en la Iliada, la Odisea, la épica irlandesa, o los galos, pudiendo existir también entre los seguidores algún tipo de escaramuza”*. Este es un modelo muy similar al que propusimos inicialmente y por vez primera en 1992 en la Tesis Doctoral de uno de nosotros (desarrollado en F. Quesada, 1997: 605) para la fase formativa de la Cultura Ibérica, desde mediados del siglo VII a fines del VI a.C. y perdurando en la “panoplia aristocrática” desde ese momento.

Las –no muy numerosas como se ha visto– armas depositadas en las necrópolis orientalizantes presentan una composición en parte diferente. Básicamente, en este período se contabilizan sobre todo lanzas largas y regatones, rara vez espadas¹⁸, y en el caso de la Angorrilla, puntas de flecha, que no necesariamente han de asociarse sólo a actividades bélicas sino quizá, y sobre todo, a la caza. Faltan los escudos y cascos tan prominentes en las estelas, e incluso en el depósito de la Ría de Huelva, fenómeno que en buena parte puede deberse a su desaparición por tratarse de armas fabricadas en materiales perecederos. No hay todavía elementos suficientes para suponer que de inmediato la nueva tecnología metalúrgica, o la introducción de nuevos tipos de punta de flecha, o incluso la llegada de tipos de lanza de origen chipriota que poco o nada aportan a los que ya se conocían en la Península desde siglos antes, aunque en bronce, alteraran las formas de guerra o las tácticas. El proceso sería mucho más complejo, lento y prolongado, y en cualquier caso las innovaciones armamentísticas, graduales como se ha dicho, seguirían más que preceder a los cambios sociales y demográficos –esos sí, en buena medida detonados por la sustancial presencia colonial– que acabarían originando cambios en las tácticas y modificaciones en las armas.

No nos parece que la escasez de espadas permita sugerir (Torres, 2002: 265) la adopción de prácticas militares tomadas del Próximo Oriente, en las que los soldados de infantería no portaban espadas sino lanzas y arcos; las razones son otras y derivan combinadamente de cambios tecnológicos y de las prácticas rituales. En cuanto a los arcos, ya aparecen con relativa frecuencia en las estelas del

18. En contadas ocasiones se registran espadas, como en Estacar de Robarinas, Cástulo (Blanco, 1965; Bandera y Ferrer, 1995), El Palmarón (Belén, 1995) y La Joya (Garrido y Orta, 1978)

suroeste –al menos en una docena de casos–, y la llegada de nuevos tipos de punta, y su ocasional y llamativa presencia en tumbas como en la Angorrilla, no implica cambios en las formas de guerra, como tampoco la de carcajs con flechas en las tumbas de Hochdorf o Hochmichele, carentes de influencia fenicia. Tampoco hay prueba alguna de la existencia en contextos indígenas de discos-coraza en contextos de los siglos VIII-VI a.C. ni indicio alguno de su llegada por mediación oriental (Torres, 2002: 265), ya que su adopción probada es dos siglos posterior. En conjunto, pues, no parece que la panoplia o las tácticas de combate indígenas durante los siglos VIII-VI a.C. fueran alteradas en lo sustancial, aunque las fortificaciones indican una complejidad creciente que, aunque no deba extrapolarse a la existencia de una guerra de asedio compleja, sí supone cambios importantes.

Más significativa es en cambio, como se apuntó antes, desde el punto de vista social, la relativa escasez de armas en las tumbas del periodo orientalizante, escasez que choca con su abundancia relativa en áreas no semitizadas del levante durante el Hierro I, en fechas similares (Farnié y Quesada 2005), y que se compagina bien con la misma escasez de armas en las tumbas fenicias de las metrópolis orientales y de las colonias occidentales, donde el rito de deposición de armas es relativamente rara antes del siglo V a.C. [p.e. Gras, Rouillard y Teixidor (1991: 173); ver repertorio resumido en Ramos (1986)], e incluso luego, en época púnica (Fantar, 1993: 93), aunque ciertamente más frecuente de lo que a menudo se cree (Warmenbol, 1983; Bartoloni, 1988: 132; Napoli, 2007). M. Almagro Gorbea avanzó hace ya tiempo un modelo social para los grupos dirigentes indígenas en este periodo orientalizante (definido en plenitud en Almagro Gorbea, 1996) basado en el concepto de “monarquía sacra” y un tipo de autoridad en el que las armas y su exhibición, o su deposición funeraria, no ocuparían un lugar decisivo en comparación con otras formas de expresión del poder (Almagro Gorbea, 1996: 61 ss). Si ya la costumbre de enterrarse y de reservar un espacio extramuros para la deposición de los cadáveres representa un cambio radical en relación con las desconocidas costumbres funerarias del Bronce Final, al menos en el suroeste y en el área atlántica (Belén *et al.*, 1992), los aspectos que dejan traslucir los ajuares no comportan precisamente la escenificación de valores guerreros, sino la ostentación en el vestir (broches y fibulas), en los adornos personales y en objetos de significación mágica (escarabeos) o litúrgica (pátera, jarra, quizá cuchillos afalcatados).

En todo caso, y como hemos apuntado antes, los trabajos recientes en Oriente, en Cerdeña y en el Mediterráneo occidental obligan a revisar la tradicional y extendida visión de los fenicios como un pueblo con escasa propensión a la guerra y, por el contrario, su inclinación hacia los negocios, la artesanía y el comercio, a diferencia de otros pueblos y estados contemporáneos.

La costumbre de enterrarse con sus armas no fue tampoco ajena a los fenicios, según hemos apuntado. Independientemente del sentido que se le quiera atribuir a su deposición en las tumbas, las armas no eran extrañas en la necrópolis fenicia de Bithia (Botto, 1996; Napoli, 2007), pues se registran en 12 de las 53 tumbas excavadas (22% de la muestra), que se datan entre el último cuarto del siglo VII y el segundo cuarto del VI a.C. También se documentan, aunque de modo limitado, en Tharros, Othoca y Paniloriga (Cerdeña), en Mozia (Sicilia) y en el norte de África, concretamente en Rachgoun, Mersa Madakh y Tánger (Ponsich, 1967: 87). Los hallazgos extrapeninsulares, a los que hay que sumar Ibiza, y los de Iberia (Villaricos), se concretizan insistentemente en puntas de lanzas y regatones, normalmente despiezados (Botto, 1996: 139-140). Tal costumbre tampoco es extraña en la tierra de origen de los fenicios, como queda atestiguado en la tumba 1 de Achziv, en cuya fase 1 (s. X y principios del IX a.C.), integraron el ajuar una espada, una punta de lanza, un cuchillo, una daga, un hacha de doble hoja y unas 80 puntas de flecha (Mazar, 2004: 21); incluso el ritual de inutilización de armas se documenta en Oriente (Warmenbol, 1983).

Hay sin embargo una cierta inercia: en la necrópolis fenicia de Bithia, la tumba 29, una fosa con inhumación y ajuar compuesto por punta de lanza y regatón de hierro, oenocoe y aríbalos de cerámica, no se distinguía del resto de las tumbas (orientación, disposición espacial, resto del ajuar), salvo en el ritual de enterramiento y en la presencia de armas, lo cual hizo pensar que el enterrado era un individuo de origen nurágico o ligado a ese contexto cultural (Bartoloni, 1983: 60). Es más, ante la posibilidad de que los enterrados con armas en Bithia sean un grupo de guerreros fenicios sepultados con su símbolo de poder, L. Napoli (2007) desestima este supuesto porque no le parece posible que la sociedad fenicia, al menos en el primer momento de la expansión colonial, dispusiese de un cuerpo armado destinado a la defensa de los centros de nueva fundación. La autora se apoya precisamente en los datos de la península ibérica, con los que Cerdeña mantendría gran afinidad, y concluye que las poblaciones

nurágica y fenicia mantendrían relaciones pacíficas dada la ausencia de sucesos cruentos documentables arqueológicamente y de armas defensivas como escudos o cascos, por lo que las lanzas, regatones, jabalinas, puñales y flechas de Bithia deben ser interpretadas como objetos con un valor exclusivamente simbólico, como elementos distintivo de una clase social concreta.

No obstante, el panorama en la propia tierra de origen de los fenicios no es tan claro en este sentido como pudiera parecer. Los autores modernos están de acuerdo en considerar al fenicio, en general, con poca inclinación a la guerra (Vita, 2003: 69), aunque esta idea debe ser matizada a partir del análisis de las fuentes textuales y de los datos arqueológicos (Warmenbol, 1983). El fenicio estaba familiarizado con la guerra; sus ciudades podían entrar en conflicto con ciudades vecinas o potencias invasoras, y el deseo de controlar las rutas comerciales era razón suficiente para enfrentar a las ciudades fenicias las unas contra las otras. La correspondencia mantenida entre Tiro, Sidón y Biblos conservadas en lo que se conoce como "Cartas de El-Amarna", del siglo XIV a.C., son un claro ejemplo. La enemistad entre Tiro y Sidón perduraría durante todo el milenio siguiente (Vita, 2003: 70), y la presión asiria en las primeras centurias del primer milenio sería constante y daría lugar a numerosos choques en los que los fenicios se verían implicados.

En general las ciudades fenicias no tenían un potencial demográfico suficiente para mantener un gran ejército formado por ciudadanos fenicios, por lo que en tiempos de paz los contingentes armados debían limitarse a un núcleo reducido de soldados especializados y profesionales que cubría los servicios de mantenimiento general del orden público, guarda del palacio y otras dependencias reales, así como el adiestramiento de los elementos no profesionales. Pero en tiempos de guerra la situación era muy diferente ya que el ejército estaba formado por levás reclutadas mediante un sistema de conscripción obligatoria y mercenarios (Vita, 2003: 71). El reclutamiento de levás está atestiguado desde los tiempos de Ugarit, tal y como queda recogido en sus textos, en los que se muestra la diversa procedencia geográfica y social (escultores, canteros, bronceístas, intendentes, sacerdotes, comerciantes) de los soldados que entraban a formar parte del ejército (Vita, 1995: 136 y 153).

Los fenicios no aportaron innovaciones sustanciales en el arte de la guerra y la panoplia existente en el I milenio a.C. del Próximo Oriente (Vita, 2003: 72-74), y su ejército se asemejaba al asirio u otros

de la época (Malbran Labat, 1982), sustentado, por tanto, en tres pilares básicos: infantería, caballería y carros de guerra. La documentación literaria, iconográfica y arqueológica pone en evidencia que la panoplia fenicia estaba compuesta por una gran variedad de armas: lanza, espada, puñal, hacha, maza, escudo y coraza, aunque toda esta gama de armas no se concentraba en un solo soldado. En algunos textos se menciona el número de flechas correspondiente a cada arco o arquero, que oscila entre diez y veinte (Vita, 1995: 151). Sin embargo, no existe la menor evidencia del uso de carros de guerra –que entre otras cosas exigen unidades grandes para ser efectivos– en Iberia, pese a que la existencia de pasarriendas y otros elementos [por ejemplo, Ferrer y Mancebo (1991) y Jiménez y Muñoz (1997)] permite afirmar la existencia de carros ceremoniales similares a los de la necrópolis de Salamina de Chipre (Quesada, 2005) también en contextos indígenas.

Volviendo a la península ibérica, creemos que el uso y la difusión del hierro como material para las lanzas y regatones en las necrópolis orientalizantes está en directa relación con la presencia fenicia, mientras que el empleo de la lanza como arma principal deriva tanto de dicha influencia como de las tradiciones locales previas visibles en las estelas del suroeste. El otro aspecto relevante es la datación de la mayoría de los enterramientos orientalizantes con armas en las últimas décadas del siglo VII y primeras del VI a.C. (El Palmarón, Alcácer do Sal, Les Casetes, Medellín, la Angorrilla, con dudas La Joya, Cañada de Ruiz Sánchez, Cástulo), al igual que los ejemplares de Cerdeña y norte de África. Cabe preguntarse si esta sincronía es casual o responde a unas pautas de comportamiento similares, con un mismo origen. En este sentido se pueden plantear cuatro posibles explicaciones:

En primer lugar, cabría que las aristocracias indígenas adoptaran los objetos de origen fenicio a través de diversos mecanismos como la aculturación o la emulación. Las sepulturas principescas serían manifestaciones de la aculturación de las elites indígenas a través de la influencia ejercida por el comercio fenicio (Almagro Gorbea, 1993). Por su parte, la emulación actuaría como dispositivo de transmisión de determinados símbolos de estatus característicos del período orientalizante en áreas circunmediterráneas como Etruria, Chipre, Hallstatt D o Tartessos (Aubert, 2005: 119 ss.). Todas estas sociedades tendrían como denominador común su situación de transicionalidad hacia formas centralizadas de organización social y económica y la interferencia de fuerzas foráneas (comercio, colonialismo), que provocaron

la aparición de determinadas costumbres y modas, como el banquete y los símbolos de riqueza, y el control centralizado de los bienes de prestigio por parte de las élites (Aubet, 1984). La emulación, entendida como competición, rivalidad e imitación entre los miembros de la aristocracia, sería el modelo de conducta social que potenció el desarrollo del sistema clientelar y de redistribución, el control del comercio de bienes de prestigio y la manipulación de las relaciones de intercambio, así como las alianzas políticas y matrimoniales. El comercio sería el motor del cambio social en sociedades de jefatura que han entrado en contacto directo o indirecto con los estados mediterráneos (Aubet, 2005: 123).

Un camino intermedio es el propuesto por J.L. López (2005: 410 ss.), quien trata de integrar el concepto de emulación de la aristocracia con otros fenómenos como la existencia de matrimonios mixtos o la presencia de fenicios en los principales asentamientos indígenas. La existencia de matrimonios mixtos entre mujeres autóctonas y colonos fenicios debe ser entendida dentro del sistema de intercambio de dones, a través del cual *“los fenicios difundieron entre las élites autóctonas no sólo objetos, sino también el conjunto de prácticas sociales en que cobrarán sentido tales bienes...”*, como el banquete o el adorno personal. Junto a estos signos externos de diferenciación social, los fenicios pudieron integrarse en las comunidades indígenas a través del intercambio de servicios y fuerza de trabajo, como artesanos especializados al servicio de la aristocracia autóctona (orfebres, albañiles, herreros, bronceistas, etc.), y mediante la fundación de santuarios que aseguraron *“la consolidación de una clase aristocrática no productora, empleada en el ejercicio del poder o de las funciones religiosas, que controlaría una parte de la producción y del excedente y se lo apropia para sí”* (López, 2005: 413; Ferrer y de la Bandera, 2007).

En tercer lugar, y coincidente en algunos puntos con estos planteamientos, la visión de la arqueología

postcolonial ha respondido a estos fenómenos en el área levantina de la mano de J. Vives-Ferrándiz (2005). En este contexto, *“las identidades se construyen a través de la ambivalencia y la hibridación de un contacto colonial porque son el resultado de prácticas de diversos orígenes, de matrimonios mixtos, de acuerdos sociales o de negociaciones de posiciones sociales e identidades. Igual que no podemos vincular el Oral sólo a la Fonteta ni a los indígenas, lo mismo sucede con las necrópolis ibéricas como el Molar y, porqué no, algunas tumbas de Les Casetes en cuanto expresiones de poder identitarias: no tiene sentido plantear el debate en término de orientalización o indigenización”* (Vives-Ferrándiz, 2005: 235-236).

Otra posibilidad es que el uso funerario de lanzas y regatones y flechas proviniese del Próximo Oriente, introducido en la península ibérica por los fenicios. Así cabría interpretar su aparición en las necrópolis orientalizantes como la evidencia de la existencia de fenicios que viven y se entierran en las comunidades indígenas. El hecho de que el fenómeno sea sincrónico y con las mismas expresiones en áreas geográficas tan distantes pero con el denominador común de haber sido colonizadas o habitadas por comunidades de fenicios, pondría en evidencia el origen extra-peninsular de tales prácticas, y permitiría conjeturar sobre la aparición en estos momentos de declive del colonialismo fenicio de grupos o individuos armados encargados de la defensa de sus comunidades. Sin embargo, y aunque el tipo concreto de lanzas que aparecen en la Angorri-lla pueda tener paralelos más cercanos en el Mediterráneo oriental –Chipre por ejemplo, *vid supra*– que en la propia Iberia, donde las lanzas del Bronce Final suelen tener rasgos tipológicos diferentes, no parece razón suficiente para proponer que todas las tumbas orientalizantes con armas hayan de ser enterramientos de colonos semitas, cuando esta costumbre, aunque ocasional, no es normativa entre los fenicios ni lo sería después entre los púnicos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. (1965): “Los primeros escudos españoles, ¿eran orientales o nórdicos?”, *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas* 1: 73-100.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1973): “Casos del Bronce Final en la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria* 30: 349-362.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1993): “Tarteso desde sus áreas de influencia: La sociedad palacial en la Península Ibérica”, en J. Alvar y J. M^a. Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tarteso*: 139-161. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, RAH, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; Jiménez, J.J.; Lorrio, A.; Mederos, A. y Torres, M. (2006): *La necrópolis de Medellín. I. La excavación y sus hallazgos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 26. Madrid.
- ARNOLD, B. (1991): *The material culture of social structure: Rank and status in Early Iron Age Europe*. Tesis Doctoral Harvard University, UMI. Ann Arbor, MI.

- ARNOLD, B. (1995): "Honorary males' or women of substance? Gender, status and power in Iron-Age Europe", *Journal of European Archaeology* 3.2: 153-168.
- ARNOLD, B. y WICKER, N.L. (eds.) (2001): *Gender and the Archaeology of Death*. Walnut Creek, CA. Altamira.
- AUBET, M^a. E. (1981-82): "Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir (y III): Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla", *Pyrenae* 17-18: 33-92.
- AUBET, M^a. E. (1984): "La aristocracia tartésica durante el período orientalizante", *Opus III*: 445-468.
- AUBET, M^a. E. (2005): "El 'orientalizante': un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales", *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEspA XXXV*, I: 117-128.
- BARROS, P. et al.; (2005): "A cista dos Gregórios (Silves)", *Xelb* 5: 41-52.
- BARTOLONI, P. (1983): *Studi sulla ceramica fenicia e punica di Sardegna*. Roma.
- BARTOLONI, P. (1988): "Army, Navy and Warfare", S. Moscati (ed.), *The Phoenicians*: 132-138. Milano.
- BARTOLONI, P. (2003): "L'uomo e il mare", J.Á. Zamora (ed.), *El hombre fenicio. Estudios y materiales*: 161-169. Roma.
- BEIRAO, C.M. (1986): *Une civilisation protohistorique du Sud de Portugal. (1er Age du Fer)*. D. Boccard. Paris.
- BELÉN, M^a. (1995): "El yacimiento tartésico de Niebla (Huelva)", *Tartessos 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 359-379. Jerez de la Frontera.
- BELÉN, M^a.; ESCACENA, J.L. y BOZZINO, M^a.I. (1992): "Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental", en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3: 65-87.
- BERGMAN, C.A.; MC EWEN, E. y MILLER, R. (1988): "Experimental archery: projectile velocities and comparison of bow performances", *Antiquity* 62: 658-670.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1965): "El ajuar de una tumba de Cástulo", *Oretania* 19. Linares.
- BOTTO, M. (1996): "Le armi", en P. Bartoloni, *La necropoli di Bithia I*: 137-144. Roma.
- BRADBURY, J. (1985): *The medieval archer*. Woodbridge.
- CARDOSO, J.L. y GRADIM, A. (2005): "A necropole da Idade do Ferro de Cabeço de Vaca 1 (Alcoutim)", *Xelb* 6: 201-226.
- CELESTINO, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, ed. Bellaterra, Barcelona.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ, J.J. (2004): "El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres). Estudio preliminar", A. Perea, I. Montero y O. García (eds.), *Tecnología del Oro Antiguo. Anejos de AEspA* 32: 197-208. Madrid.
- DAVIS-KIMBALL, J. (2002): *Warrior Women*. New York, Warner.
- DE LA BANDERA, M^a.L. DE LA y FERRER, E. (1995): "Reconstrucción del ajuar de una tumba de Cástulo: ¿indicios de mestizaje?", *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó. Koliaos* 4: 53-65.
- DE VRIES, K. (1992): *Medieval Military Technology*. Peterborough, Ontario.
- FANTAR, M. (1993): *Carthage. Approche d'une civilisation*. I-II. Tunis.
- FARNIÉ, C. y QUESADA, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, 2. Murcia.
- FERNÁNDEZ, A. (2005): *Tartessos y el Carambolo: Revisión e interpretación del yacimiento a partir de los datos arqueológicos*. Memoria de licenciatura inédita, Sevilla.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988-89): *Tartessos y Huelva. Huelva Arqueológica* 10-11. Huelva.
- FERRER, E. (1994): "Algunas cuestiones sobre cronología y dispersión de las puntas de flecha orientalizantes en la Península Ibérica", *Anales de Arqueología Cordobesa* 5: 33-60.
- FERRER, E. y DE LA BANDERA, M^a.L. de la (2007): "Santuarios, aldeas y granjas: El poblamiento durante el Bronce Final y el período orientalizante", en E. Ferrer Albelda (coord.), *Arqueología en Marchena. Evolución del poblamiento antiguo y medieval del valle medio del río Corbones*: 45-87. Sevilla.
- FERRER, E.; GARCÍA, F. J.; GONZÁLEZ, D.; MUÑOZ, E. y MORO, F. J. (1997): "Dos notas sobre el depósito de la Ría de Huelva", *Spal* 6: 67-85.
- FERRER, E. y MANCEBO, J. (1991): "Nuevos elementos de carros orientalizantes en la Alta Andalucía. Algunas precisiones en torno a su función, significado y distribución", *CuPAUAM* 18: 113-148.
- GALÁN, E. (1993): "Estelas, Paisaje y Territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica", *Complutum*, extra 3. Madrid, Editorial Complutense.

- GARCÍA, J.R. (2002): "La necrópolis orientalizante de Les Casetes. Joyas, amuletos y armas", *Revista de Arqueología* 249: 36-47.
- GARCÍA, J.R. (2003): "La tumba 17 de la necrópolis de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)", *Saguntum* 35: 219-228.
- GARCÍA, J.R. (2004): "La necrópolis orientalizante de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)", *El mundo funerario. Actas del III Seminario Internacional sobre temas fenicios*: 539-576. Alicante.
- GARCÍA, J.R. (2005): "La necrópolis orientalizante de Les Casetes. Ajuares y estructuras funerarias", L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*: 345-356. Alicante.
- GARRIDO, J.P. y ORTA, E.M^a. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de 'La Joya' (Huelva) II. 3^a, 4^a, 5^a campaña*. EAE 96. Madrid.
- GODEHART, E.; JAWORSKI, J.; PIEPER, P. y SCHELLENBERG, H.M. (2007): "The reconstruction of Scythian bows", B. Molloy (ed.), *The cutting edge. Studies in Ancient and Medieval combat*: 112-133. Stroud.
- GRAS, M.; ROUILLARD, P. y TEIXIDOR, J. (1991, ed.or. 1989): *El Universo Fenicio*. Madrid.
- HARRISON, R.J. (2004): *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*. Bristol.
- HERNANDO, A. (1988): "Piezas metálicas de la Edad del Bronce en la Meseta: puntas de flecha triangulares con pedúnculo y aletas", *Homenaje al Prof. E. Ripoll. Espacio, Tiempo y Forma, Serie I*, 1: 311-323.
- HERNANDO, A. (2007): "Sexo, género y poder. Breve reflexión sobre algunos conceptos manejados en la Arqueología del género", M. Sánchez (ed.), *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género. Complutum* 18: 167-174.
- HOCHDORF (1985): *Der Keltenfürst von Hochdorf. Methoden und Ergebnisse des Landesarchäologie*. Stuttgart.
- JIMÉNEZ, J. (2002): *La toreútica orientalizante en la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 16. Madrid.
- JIMENEZ, J. y MUÑOZ, K. (1997): "Pasarriendas de bronce en la Protohistoria peninsular: a propósito del hallazgo del Soto del Hinojar-las Esperillas (Aranjuez, Madrid)", *CuPAUAM* 24: 119-158.
- KAISER, J.M. (2003): "Puntas de flecha de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Producción, circulación y cronología", *Complutum* 14: 73-106.
- KEEGAN, J. (1978): *The Face of Battle*. London.
- KNECHT, H. (ed.) (1997): *Projectile technology*. New York & London.
- LÓPEZ, J.L. (2005): "Aristocracia fenicia y aristocracias autóctonas. Relaciones de intercambio", *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEspA XXXV*, I: 405-421.
- MAIER, J. (2007): "Las necrópolis protohistóricas de Los Alcores: relectura de la tradición arqueológica", M. Bendala y M^a. Belén (eds.), *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*: 331-363. Carmona.
- MALBRAN-LABAT, F. (1982): *L'armée et l'organisation militaire de l'Assyrie d'après les lettres des Sargonides trouvées à Ninive*. Genève-Paris.
- MANCERO, J. (1998): "Armas defensivas en el Bajo Guadalquivir durante el periodo tartésico", *Antiquitas* 9: 25-30.
- MAZAR, E. (2004): *The Phoenician Family Tomb N. 1 at the Northern Cemetery of Achziv. Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 10. Barcelona.
- MEIJIDE, G. (1988): *Las Espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*. Arqueohistórica 1. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela.
- MERCER, R.J. (1970): "Metal arrowheads in the European Bronze and Early Iron Age", *Proceedings of the Prehistoric Society* 36: 171-213.
- MILLER, R.; MCEWEN, E. y BERGMAN, C. (1986): "Experimental approaches to ancient Near Eastern archery", *World Archaeology* 18: 178-195.
- MOHEN, J.P. (1980): *Typologie des Objets de l'Age du Bronze en France. Fascicule II. Poignards, hallebardes, pointes de lance, pointes de flèche, armement défensif*. Paris.
- MORENO, F.J. (1999): "Conflictos y perspectivas en el período precolonial tartésico", *Gerión* 17: 149-177.
- MORENO, F.J. (2000): "Tartessos, estelas, modelos pesimistas", *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP*: 153-174. Madrid.
- MUÑOZ, F.J. (1999): "Algunas consideraciones sobre el inicio de la arquería prehistórica", *Trabajos de Prehistoria* 56 (1): 27-40.
- MURILLO, J. F. (1994): *La Cultura Tartésica en el Guadalquivir Medio. Ariadna* 13-14. Palma del Río, Museo Municipal.
- NAPOLI, L. (2007): "Le armi di Bithia nel loro contesto archeologico", *Daidalos* 8: 103-118.
- OLMOS, R. (1988): *El casco griego de Huelva*. Clásicos de la Arqueología de Huelva 1. Huelva.
- PAIXAO, A.C. (1983): "Uma nova sepultura com escarvalho da necrópolis proto-histórica do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal)", *O Arqueólogo Português* IV.1: 273-286.

- PONSICH, M. (1967): *Nécropoles Phéniciennes de la région de Tanger. Études et Travaux d'Archéologie Marocaine* III. Rabat.
- QUESADA, F. (1989): "Armamento, guerra y sociedad en las necrópolis ibéricas", *Trabajos de Prehistoria* 46: 161-201.
- QUESADA, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Monographies Instrumentum 3, ed. Monique Mergoïl, Montagnac.
- QUESADA, F. (2005): "Carros en el antiguo Mediterráneo: de los orígenes a Roma", *Historia del carruaje en España*: 16-71. Madrid.
- RAMÓN, E. (1995): "La necrópolis protohistórica de Milmanda (Vimbodí)", *Citerior* 1: 107-117.
- RAMOS, M.L. (1986): *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*. Madrid.
- ROVIRA, S.; MONTERO, I.; ORTEGA, J. y JIMÉNEZ, J. (2005): "Bronce y trabajo del bronce en el poblado orientalizante de 'El Palomar' (Oliva de Mérida, Badajoz)", S. Celestino, J. Jiménez (eds.), *El periodo Orientalizante. Anejos AEspA XXXV*, II: 1231-1240. Madrid.
- RUIZ, A. (1998): "Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales", *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de Occidente. Estructura de poder en la sociedad ibérica*: 289-300. Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1983) *Los Campos de Urnas del Nordeste de la Península Ibérica*. Tesis doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., ed. (1995): *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1995): "Cronología de la ría de Huelva en el marco del Bronce Final", en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum Extra 5: 79-83. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Barcelona, Crítica.
- RUSSELL, B.F. (2003): "Wine, women and the polis. Gender and the formation of the city-state in Archaic Rome", *Greece and Rome* 50.1: 77-84.
- SANDARS, H. (1913): *The Weapons of the Iberians*, Oxford.
- SNODGRASS, A.M. (1964): *Early Greek armour and weapons. From the end of the Bronze Age to 600 B.C.* Edinburgh.
- SÁNCHEZ, M. (1994): *Las necropolis tumulares de Los Alcores (Sevilla)*. Sevilla.
- TORRES, M. (1999): *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Biblioteca Archaeologica Hispana 3. Madrid.
- TORRES, M. (2002): *Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 14, Madrid.
- URBINA; D.; MORIN, J.; RUIZ, L.A.; AGUSTI, E. y MONTERO, I. (2007): "El yacimiento de Las Camas, Villaverde, Madrid. Longhouses y elementos orientalizantes al inicio de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo", *Gerion* 25.1: 45-82.
- VITA, J.P. (1995): *El ejército de Ugarit*. Madrid.
- VITA, J.P. (2003): "El soldado", en J.Á. Zamora (ed.), *El hombre fenicio. Estudios y materiales*: 69-77. Roma, CSIC y Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.
- VIVES-FERRANDIZ, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 12. Barcelona.
- WARMENBOL, E. (1983): "Ils ont plié armes et bagages... Quelques reflexions au sujet des épées ployées trouvées en Syrie et au Liban", *Studia Phoenicia I-II. OLA* 15: 79-89. Leuven.

LA NECRÓPOLIS DE ÉPOCA TARTÉSICA DE LA ANGORRILLA

ALCALÁ DEL RÍO, SEVILLA

En la primera década del siglo XXI se efectuó en Alcalá del Río (Sevilla) una serie de intervenciones arqueológicas en las que se detectaron los restos correspondientes a un poblado y a una necrópolis de época tartésica. La presente obra, aunque se centra en el análisis de los enterramientos, incorpora también la información recuperada en la zona de hábitat, al considerar ambos enclaves como partes integrantes de un mismo asentamiento.

El trabajo se inicia con una contextualización de las sepulturas en el marco de la relación poblado-necrópolis, atendiendo al patrón de asentamiento, su relación espacio-temporal y la ubicación del cementerio en su contexto paleogeográfico. A partir de esta exposición se realiza un estudio centrado en la configuración general de la necrópolis y la distribución de las tumbas. El tercer nivel de análisis se ocupa de la investigación específica de cada sepultura y de los distintos elementos depositados en su interior, principalmente de los ajuares. Estos estudios se completan con una serie de análisis sobre antropología física y paleopatología, paleodieta, ADN, antracología, etc., cuyos resultados posibilitan la reconstrucción de los ritos funerarios y un acercamiento a la caracterización de la población enterrada, su hábitat y otros aspectos relativos a sus estrategias de explotación y adaptación al medio.

En definitiva, los datos aportados por la excavación de la necrópolis de la Angorrilla, junto con las investigaciones desarrolladas en el poblado coetáneo, contribuyen al conocimiento de las comunidades que ocupaban el Bajo Guadalquivir durante el Hierro I, convirtiendo a este yacimiento en uno de los referentes fundamentales para caracterizar a dichas poblaciones y valorar cómo influyó la colonización oriental en este espacio geográfico.



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ISBN 978-84-472-1557-7



9 788447 215577